Silvia Aponte



# Capitán Guadalupe Salcedo

**RECONOCIMIENTOS:**

**Foto Portada:** Archivo de la señora Georgina Albarracín

**Contraportada:** Documento auténtico del archivo del maestro Miguel Angel Martín.

# *CAPITAN GUADALUPE SALCEDO*

# *SILENIA MONTEBLANCO*

En lo más profundo de las selvas del vaupés, en los momentos más angustiosos de mi vida, comence a contarle esta historia a un viejo sabio, quien me escucho con atención.

Mire maestro, los sueños y las visiones empezaron una noche, una noche igual a otras, al comienzo; pero ésta, a la que voy a referirme, cambió el transcurso de mi vida para siempre.

Me encontraba en el silencio de mi rancho, dormía profundamente en el chinchorro grande de cumare, el mismo que compartía con él, cada vez que podía escaparse a entregarme sus caricias de amor; claro que esto de las escapadas comenzó después de la mentada paz, esa farsa que para mí se convirtió en infierno, porque antes de ella, los dos andábamos tan unido como los dedos de una mano.

Pues bien, maestro-brujo, esa noche, en la profundidad de mi sueño, escuche unas detonaciones, no puedo precisar cuántas fueron, pero si puedo decirle que a cada una de aquellas detonaciones mi cuerpo se sacudía horriblemente.

Desperté sobresaltada, oprimiéndome el pecho, porque el corazón me dolía como si me lo hubiera atravesado una bala.

Dejé el chinchorro de un solo salto, corrí al tinajero y saqué un jarro de agua fresca, me la tome a grandes tragos, sentí que moría sin aire; entonces, salí al patio y aspire profundamente aquel aire saturado con fragancia de flores de resedad y suspiros de yerbabuena entre el sueño apacible de las plantas.

La luna navegaba por las regiones del cielo, parecía una doncella buscando a su amante extraviado, y yo, sin saber que hacer con aquel desasosiego inexplicable, le pregunté a mi corazón. —¿qué te pasa corazoncito mío? Pareces un pato yaguazo asustado. Sin poderlo evitar, me eché a llorar, porque intuitivamente presentía que mi hombre había muerto. ¡Dios! el corazón me lo decía. Y dejé escapar un grito, un grito que se fue nadando en mi llanto para perderse en la noche solitaria. —¡Mi capitán, presiento que te han matadooooo! Mi Capitán, así lo llamaba amorosamente.

Después encaminé mis pasos hacia el otro extremo del rancho, hacia la parte que franqueaba a la sabana y ¡ah!



todo había sido producto de la pesadilla que acababa de tener: allí venía trochandito por el camino real. Arreglé un poco mis cabellos en desorden, sequé mis lágrimas con el ruedo del camisón y puse en mis labios la mejor sonrisa que una mujer pueda regalarle al hombre amado.

Sí señor, su figura me era inconfundible, era como un tatuaje moviéndose en la sabana, ese pedazo de sabana por la que llegaba en noches tan claras como aquella que me cobijaba, y en otras tan cerradas como pluma de zamuro, bajo relámpagos y truenos, enchumbado hasta los huesos y alegre como un alcaraván; pero esta vez no llegó al rancho. En el cruce de caminos se desvió apurando el trote del caballo, como si hubiese visto un fantasma.

Cuando lo vi alejándose, salí al paradero agitando los brazos en alto y gritándole. —¿Qué sucede mi capitán? ¿por qué pasas derecho? ¿acaso no piensas entrar a regalarme una caricia? ¿o es que vas para Guariamena, a ver a tu familia?

Tu familia, así me refería para nombrar a María de la Cruz Cedeño, su legitima esposa; y era que temía irrespetar el nombre de esta valiente y buena mujer, y también le

temía por ser la dueña del hombre que yo tomé prestado cuando la suerte me lo cedió a orillas del Río Cravo.

— Silenia, esta noche no puedo detenerme, voy para un viaje muy largo y no sé cuándo regrese, me gritó sin voltear a verme; su voz me sonó rara y su grito pareció irse acomodando en el espacio.

—¿Pero, por qué no arrimas aunque sea un ratico? supliqué. Nada me respondió. El caballo iba ya a galope tendido y su figura se me desdibujaba entre la noche y la distancia.

La luna pareció estancarse en medio cielo, la noche podía medirse por las lejuras de los caminos, el gallo pasionero cantó una sola vez sobre el caballete del rancho y cayó entre estertores y aleteos. Al borde del camino, el grillo dormitaba eternizando su canto, mientras el cocuyo rayaba la sabana aquí y allá, con sus tiritas de luces intermitentes. En medio de todos aquellos presentimientos y visiones, de una angustia que me exprimía el alma como a una caña hasta dejarla hecha una bagazo, me dejé caer en un taburete bajo el alar de la caballeriza.

Quién sabe cuanto tiempo permanecí allí sentada, en-





terrándome las uñas en mis muslos duros y torneados, tratando de herir aquellas carnes que habían sido el encanto de sus ojos: a menudo me repetía. "Silenia, que bonitas piernas tienes, chica, consérvamelas así por siempre". Si mis piernas eran un templo de adoración para él, ¿qué estaba pasando? ¿por qué aquella indiferencia ahora?

Algo misterioso que no podía descifrar se estaba interponiendo entre los dos; me acordé del gallo de la pasionero, el canaguay que naciera en Jueves Santo, en el que ponía toda su fe cuando lo jugaba y que jamás perdió una pelea; ¿qué había sido aquello? ¿Por qué cayó con esos aleteos estertóreos cuando la figura del amo se borraba en el paisaje bañado por el plateado lunar? Lo encontré bajo el alero del rancho, frío, con las alas abiertas, mostrando un gran dolor al escapársele la vida por entre el pico.

- ¡Dios, que mal presagio! Todo ésto era como un acertijo que yo me juré aclarar, así tuviera que ir al otro mundo para encontrar las respuestas.

La noche se tornó infinita ... En lo insondable de ella me lancé a recoger todo lo que me unía a él por los suelos de los llanos.

¡Que tramas tan raras teje el destino sobre los seres humanos! Yo Silenia Monteblanco, formada en el seno de un hogar campesino, bajo las limitaciones de aquella moral represiva para la hembra, esa moral martillada hasta el cansancio por mis padres, quienes vendieron la mayor parte de sus vaquitas para pagarme un internado de monjas en la capital. Y todo este sacrificio lo dieron por justificado dizque para hacer de mí una mujer de bien en la vida.

Menos mal, que los pobres viejos no vivieron para ver, que el bien en una mujer, es mandar al diablo los prejuicios cuando el ardor en la hembra es capaz de tomar al macho donde se le presenta la oportunidad.

Esto fue lo que hice el día en que me sorprendió bañándome en las aguas del Río Cravo. De un manotazo rompí la tela trágica de la represión femenina, los conceptos estúpidos con que me criaron mis viejos, hice añicos el conformismo tradicional del honor a que estuvieron sometidas mis abuelas. Todo ésto se fue para el carajo, un día canicular en una playa...

Nunca pude explicarme a qué fuerza obedecí al no hacer lo que otra mujer llanera hubiera hecho en mi lugar. Lo más pudoroso habría sido sumergirme en el agua hasta





el cuello y haberle pedido que se retirara de allí mientras tomaba la ropa que había dejado en la orilla.

Pero no lo hice, maestro-brujo, no lo hice. Comencé a avanzar hacia la orilla, mostrándole toda la desnudez de mi cuerpo, caminando con sensuales pasos y con un cimbreo de cintura que ponía azogue en mis pezones rojos como picos de garzas hambrientas. El guapo estaba cautivado, sobre un brioso ruano que mascaba el freno con los belfos espumosos y las fosas dilatadas, aspirando el fresco olor del líquido frente a su sed desesperada, mientras su jinete me sonreía con una mezcla de música y misterio, con los ojos llenos de lumbre de sol y brillo de luna, con su piel de cimarrón llanero que me hablaba de muchas leguas andadas y de recientes combates.

Antes de que el guapo saltara del ruano, ya nuestras almas estaban unidas; y cuando me levantó con sus brazos fuertes, los dos nos fundimos en un solo cuerpo sobre las arenas de la playa.

El caballo saciaba su sed en las cristalinas aguas del río y, nosotros le dábamos comienzo a un amor que jamás se saciaría, un amor que surgía sin palabras, sin saber quién

era cada uno de los dos; un amor que sobreviviría a la vida y a la muerte, un amor que se acostumbraría a saltar del placer a la angustia, de la inquietud de una noche al amparo pacífico de la naturaleza, al estallido de espantosos combates, a largas jornadas de caminos y a grandes sacrificios para defender nuestra tierra y su gente.

Después de aquel momento, lo único que me importo fue volarle la pierna a un caballo, encintarme un arma y convertirme en una guadalupana.

Jamás me detuvo nada, ni siquiera la turbulencia de los ríos crecidos, porque junto a él, hombro a hombro, los crucé arrastrando la bestia con el cabestro entre mis dientes.

El "payé" me escuchaba con un vaho de misterio en la mirada, su cuerpo se mantenía en una laxitud increíble. Me detuve para no interrumpir aquel éxtasis del viejo indio que parecía navegar por senderos infinitos. El viejo levanto una mano con tal lentitud, que su brazo parecía desgonzado y me indicó que continuara mi relato.

Al día siguiente de aquella noche de pesadillas, de aquellas visiones y malos presagios como la muerte del





gallo de la pasión, me entere de la cruel noticia. Enloquecida de dolor ensille a Canela, mi yegua sillonera y salí a galopar por las sabanas, por los caminos secretos, por los caminos del diablo en noches de plenilunio y aunque se dice que el llano no es para transitarlo de noche, que la noche pertenece a los espantos, yo ambulaba y deambulaba sin encontrar alivio. Cada noche martirizaba a la yegua con aquellas largas cabalgadas y en esos recorridos, escuchaba desde lejos, en las casas campesinas, el murmullo de las gentes rezando novenarios por el guerrero y amigo, implorando paz para su alma en la eternidad.

A medida que iba transcurriendo el tiempo, nadie volvió a pasar frente a mi rancho, porque se comentaba que el diablo venía a visitarme, que escuchaban sus cabalgatas nocturnas y que el caballo del demonio despedía chispas de candela con sus cascos; pero a mí no me importaban las invenciones de la gente; ni tampoco le puse término a mis cabalgatas nocturnas, pues con ellas conseguía recorrer parajes y sitios por los que un día pasamos optimistas, o sintiendo el peso agobiante de la guerra; era tan grande mi dolor, que comía muy poco y dormía todo el día, sin importarme lo que sucediera a mi alrededor.

Un viejo solitario que vivía en una mata de monte, de cuando en vez arrimaba a mi rancho, descargaba algunas cosas de comer. Mi soledad, igual a la suya, lo conmovía; me llamaba la bella durmiente, porque siempre me encontraba con todo el cuerpo desmadejado en el chinchorro, durmiendo profundamente a cualquier hora del día; pero era que mi cuerpo no tenía voluntad para otra cosa que para aquel relajamiento obligatorio. En cambio el pensamiento era una antorcha luminosa, guiándome hacia el insólito encuentro con el hombre amado.

Después de seis largos meses se encendían velas en las casas llaneras y la gente se reunió una noche a mitad de ese año, la misma en que por primera vez en todo ese tiempo no salí a cabalgar porque me sentí sin fuerzas para hacerlo. Los ojos me pensaban como dos bolas de plomo y caí en un letargo profundo mientras escuchaba su voz lejana, lejana: "Silenia... aquí estoy; ven para que hablemos". No puedo describirle, maestro-brujo, el ansia y la alegría que me embargó, y en aquel letargo oía mi propia voz suplicante: Ven capitán mío, aquí estoy esperándote. —"No puedo Silenia, eres tú la que tiene que venir hacia mí".





Luché para entrar en un ambiente desconocido, hasta encontrar un sendero donde presentía que la tierra se terminaba, por que creí caer en un vacío. Escuché que aire se precipitaba con un rumor de cascada saltando hacia lo incalculable, hacia la nada.

De pronto apareció ante mi, montado en un caballo rucio mosqueado, con su buen talante de jinete sin igual; me sonrió con la mezcla de misterio y música, igual que me sonriera aquella primera vez en la playa del Río Cravo, pero no había provocación en sus ojos, solamente reflejos de alegría por aquel encuentro. Me tendió los brazos, como lo había hecho en tantas ocasiones cuando me montaban en ancas del caballo; yo también le tendí los míos pero nuestras manos no alcanzaban a tocarse y, los dos captábamos aquel vacío que nos separaba, sobre el cual no nos atrevíamos a saltar. Después pareciendo resignarse, recostó un codo sobre la cabeza de la silla y me habló de algo que parecía estar viviendo en el momento — "Silenia, fíjate que esta tarde cuando tu me serviste la comida llegó un viejo pidiendo que lo dejaran hablar con el Capitán Guadalupe Salcedo; los muchachos trataron de interrogarlo primero pero no los dejé. —Yo soy el Capitán Guadalupe Salcedo. —¿Qué desea amigo? El viejo venía herido en el

hombro izquierdo y traía trozada la mula de tanto correr; enseguida se tiró de la bestia y trastabillando, giró para señalarme en el cielo la nube negra de la zamurada que vimos a mediodía por los lados del Charte". ¡yo ta'ba con él cuando lo mataron y yo lo vengué, capitán!. Era un estafeta suyo, me dijo el viejo, descubriéndose la cabeza.

—"Mira, Silenia, no hay cosa que me encienda más la sangre. que maten a un estafeta, porque éstos son los hombres más pantalonudos que tengo; ellos siempre van con el bastimento de la muerte a cuestas. Es por esto que dejé la comida en el plato; y tú haciéndome reclamos de que no me había gustado lo que me guisaste. No amorcito, todo lo que tu me preparas es mas bueno que un botano de miel de aricas".

!Ay! maestro-brujo, ningún cambio se había operado en su personalidad, era el mismo llanero con su enjambre de palabras espontáneas, como si apenas hubiesen pasado unas horas.

Cambió de posición en el caballo y continuó contándome. "¿Cómo fue?" le pregunté al viejo. El muchacho venía herido cuando me lo topé, le di agua y un pedazo





de panela pa'que recuperara fuerzas; me contó que habían matado a su compañero y que lo andaban siguiendo, que venía a traerle el mensaje de que Jerónimo, el godo, es el sapo número uno del gobierno. Estábamos en ésto, cuando nos salió el matón ahí mismito, en nuestras narices, como retoñao del infierno; el desgraciao estaba enrrastrojao a unos cuantos pasos del guarataro pichón, onde nosotros nos encontrábamos. De una vez le puso el revolver como una perfumadora en medio de los ojos y le gritó: —¿Qué chisme llevas?... ¡Va a tener que llevárselo a Satanás! Yo reculé unos pasos hacia mi mula, pero el guate matón me pegó un grito: —¡Quieto viejo güevon, o le agujero el pellejo! —y mientras decía ésto le sopló el tiro entre los ojos al muchacho, pero yo ya le había echado mano a la peinilla que tenía en la coraza de la silla, y me le abalancé; sentí el coñazo del plomo en el hombro izquierdo. Pero con la mano derecha le baje la topia de un solo machetazo.

"Esto fue lo que me contó el viejo: por ahí anda, ya lo curaron y le dieron de comer; te lo encargo, Silenia. Es un viejo guapo, un viejo cáscara amarga".

Mire, maestro-brujo, en mi sueño las escenas se producían con tal realidad, que el sol parecía que iba a des-

de panela pa'que recuperara fuerzas; me contó que habían matado a su compañero y que lo andaban siguiendo, que venía a traerle el mensaje de que Jerónimo, el godo, es el sapo número uno del gobierno. Estábamos en ésto, cuando nos salió el matón ahí mismito, en nuestras narices, como retoñao del infierno; el desgraciao estaba enrrastrojao a unos cuantos pasos del guarataro pichón, onde nosotros nos encontrábamos. De una vez le puso el revolver como una perfumadora en medio de los ojos y le gritó: —¿Qué chisme llevas?... ¡Va a tener que llevárselo a Satanás! Yo reculé unos pasos hacia mi mula, pero el guate matón me pegó un grito: —¡Quieto viejo güevon, o le agujero el pellejo! —y mientras decía ésto le sopló el tiro entre los ojos al muchacho, pero yo ya le había echado mano a la peinilla que tenía en la coraza de la silla, y me le abalancé; sentí el coñazo del plomo en el hombro izquierdo. Pero con la mano derecha le baje la topia de un solo machetazo.

"Esto fue lo que me contó el viejo: por ahí anda, ya lo curaron y le dieron de comer; te lo encargo, Silenia. Es un viejo guapo, un viejo cáscara amarga".

Mire, maestro-brujo, en mi sueño las escenas se producían con tal realidad, que el sol parecía que iba a des-





plomarse en cualquier momento en el poniente. El me mostró el mapa Verde del Llano con su vértigo de colorines del ocaso, y la emigración de los carroñeros hacia sus palos dormitorios, donde esperarían el amanecer para continuar con su festín de carne humana.

—Mira, Silenia— me dijo, a manera de consuelo. — «yo sé, que si las zamuradas de por aquí se están engordando con carne de llanero, también se que estos bichos andan ahítos de tantos chulavitas que han comido... porque los campesinos nuestros, así como el viejo de esta tarde, corren bajito por entre todos estos matamargales, le clavan la cabeza a cuanto río y caño se les pone por delante, y me avisan donde se apresta a cazar el tigre barretiao del gobierno. Es por esto, que siempre le caemos el enemigo sin darle tiempo a martillar un fulminante». Luego, remató diciendo con picardía al tiempo que se pasaba el dedo por el cuello. "Mataguaro no es Guabina"

Después guardó silencio escudriñando con la mirada las distancias; parecía que su voluntad fuera dirigida, no por él, sino por el curso azaroso de la guerra, sintiéndose único bajo el peso histórico de su capitanía, que sus paisanos le habían confiado.

plomarse en cualquier momento en el poniente. El me mostró el mapa Verde del Llano con su vértigo de colorines del ocaso, y la emigración de los carroñeros hacia sus palos dormitorios, donde esperarían el amanecer para continuar con su festín de carne humana.

—Mira, Silenia— me dijo, a manera de consuelo. — «yo sé, que si las zamuradas de por aquí se están engordando con carne de llanero, también se que estos bichos andan ahítos de tantos chulavitas que han comido... porque los campesinos nuestros, así como el viejo de esta tarde, corren bajito por entre todos estos matamargales, le clavan la cabeza a cuanto río y caño se les pone por delante, y me avisan donde se apresta a cazar el tigre barretiao del gobierno. Es por esto, que siempre le caemos el enemigo sin darle tiempo a martillar un fulminante». Luego, remató diciendo con picardía al tiempo que se pasaba el dedo por el cuello. "Mataguaro no es Guabina"

Después guardó silencio escudriñando con la mirada las distancias; parecía que su voluntad fuera dirigida, no por él, sino por el curso azaroso de la guerra, sintiéndose único bajo el peso histórico de su capitanía, que sus paisanos le habían confiado.





## *COMANDO R.P.*

—"Amorcito, voy a contarte algo que no te había dicho por falta de tiempo, pero ahora me esta sobrando. No se por qué estoy encerrado en un laberinto de la nada, sólo me anima tu compañía, así no pueda sentir el calor de tu cuerpo sobre el mío. Maestro-brujo, yo contuve las lágrimas, tratando de parecer alegre al tiempo que lo apremiaba. Cuenta mi Capitán, ¿qué es eso que no me has dicho?

El rucio mosqueado se mantenía quieto; era como si presintiera el vacío, que nosotros también intuíamos interponiéndose como una barrera insalvable. Descansó una pierna sobre la cabeza de la silla, puso el codo derecho sobre su rodilla y la mano en puño sosteniendo el mentón para regalarme una de sus mejores poses cuando estaba en actitud meditativa. Este fue el segundo sueño y él me contó cómo comenzó a formarse en la lucha.

Cuando empezó toda esta guerra entre azules y rojos, yo estaba preso. Gracias a Dios que pude volarme de la cárcel, mientras le clavaba la cabeza al Guatiquía y lograba salir a la otra orilla, sintiéndome libre me dije: —"A mi no me vuelven a zampar a la cárcel, y, si los tales chulavitas

quieren matarme, les va a toca que tiren muchos peos y sudores; porque yo les voy a enseñar quién es José Guadalupe Salcedo Unda; un macho con los cojones bien puestos, un llanero bragao', dueño de mil caminos ramaliaos por los Llanos de Arauca, Casanare, por el bajo Meta y las tierras de Guariamena. Y me juré hacerme un jefe revolucionario; pero la decisión no la tomé porque me hubiera volado de la cárcel. No, amor mío, sino porque aún tengo metidos en los oídos los lamentos y quejidos de los presos torturados en la cárcel.

Aún me parece sentir las respiraciones angustiosas de los que esperábamos el turno; estábamos siendo mas torturados que aquellos que ya no tenían voces ni rostros: porque sus rostros eran como berenjenas maduras y sus bocas solo se abrían para arrojar cuajarones de sangre; y por último dejaban de quejarse porque ya no sentían dolor, ni siquiera sentían el dolor de la castración, método primero en el reglamento de la tortura; luego llegaba la orden del descanso. Seguramente no sabían nada estos desgraciados. Tronaba la voz del Comandante —¡saquen a estos malparidos de aquí! Y era que a los torturados se les había agotado la vida antes de que se le agotara la inconsciencia a los verdugos.





—Así fue como me metí en esta vaina, apenas regresé a mi casa en Guariamena me salió al encuentro mi vieja Tomasa, mi esposa y mis hijos que estaban muy pequeños. Sentí temor por ellos, pero era necesario pelear para defendernos.

Reuní a los cuñados, primos y parientes, conseguí unos cuantos "chopos" viejos y le dije a los muchachos. «¡Alístense que nos vamos a prender una revolución que no la va poder apagar ni el putas!» ... Lo que quiero que comprendan es que defendernos y defender la tierra es una lucha nuestra. Ya ustedes han visto lo que esta pasando; cada día bajan de esos cerros enjambres de matones, y le caen al Llano como sapo a mierda".

—Yo sé, muchachos, que no estamos preparados pa'una vaina como ésta; tampoco tenemos otra salida que aplicar la ley del rabo pelao: "como gallina o salgo apaliao". Pero le daremos la brega hasta con la última gota de vida: porque la represión que se nos vino es muy arrecha; y esa represión cogió al Llano por sorpresa, pues sus habitantes nunca se preocuparon de otra cosa que vivir pacíficamente al albedrío de su tierra sana y acogedora; tierra olorosa a caballo, a copla, a mujer y a mamona asada, pero jamás,

durante muchas décadas, esta tierra ha tenido vientos de discordias, mucho menos sometimientos por masacres.

Los muchachos me rodearon escuchándome con atención. Fíjense que hay algo en lo que el enemigo no ha pensado, es que el llanero es amable y bondadoso y, por su misma bondad puede parecer pendejo. Pero cuando a nosotros se nos rebota la zurra... ¡Hijueputa, no hay quien pueda recogerla! ... —¿Es, o no es así, muchachos? les pregunté de sopetón levantando la mano empuñada y, aplastando la pata en el suelo, como si me fueran a esculpir un monumento. Los parientes, los que hoy responden a los apodos de "Pielroja", "Malasombra", "Luchador", "Chichigua", "Tigre Negro", "Temblador" y "Matamoro", respondieron con entusiasmo. —Así es negro Guada, tamos contigo asina nos toque ir hasta al mismo infierno.

—¿Y las armas para combatir, de onde las sacamos? Preguntó Temblador. —No se preocupen muchachos, que de la palma salen los cuescos. Por cada chulativa que tostemos, tendremos un fusil a la orden.

—No creas Silenia, que la cosa fue tan fácil. Al comienzo los celos por el liderazgo entre los jefes revolucio-





narios, era peligroso para quienes pretendíamos abrirnos campo en el escenario de la lucha armada. Aljure y yo tuvimos varias veces en pico de zamuro, como es el decir. Yo no quería ser mandadero de ningún guate. Así estuviera peleando por la misma causa; yo quería tener mi propio grupo, con mi propia gente. El momento que se vivía era desesperante. La vida pendía de un hilo, de un salto, y este temor angustiaba a los vivos. Y si había algunos que se resignaban a esperar la muerte encerrados en sus casas, con el alma hecha una cachapa de miedo; otros, echaban mano a la peinilla "tres canales" que hasta el momento sólo habían utilizado para desyerbar sus solares; o cogían la vieja escopeta de fisto, pero esta vez no era para cazar patos en los esteros; o agarraban la lanza tigrera del abuelo y no era para ir tras el bicho que se estaba comiendo los marranos, era para correr a unirse a los grupos combatientes que ya estaban operando en el piedemonte y otros lugares del Llano, porque iban decididos a vender caro el pellejo. Pero también nos encontrábamos con descamisados huyendo cobardemente.

—¿Pa'onde va corriendo, cámara? —¡pa'l monte, a esconderme! —¿Y por qué no se queda a peliar como los machos? —Porque yo no quiero peliar, por eso, no le ando

buscando pleito a naiden; respondían mientras huían como alma que lleva el diablo. Mientras unos se escondían o se dejaban matar, otros llegaban a ofrecerse para vengar a sus muertos. Recuerdo el día que nos topamos con "Coco," era apenas un zagaletón que venia trochandito en una mula parda. —¿Qué bastimento lleva, vale? le preguntó «Pielroja». El vainero respondió sin percatarse con qué gente se encontraba: y respondió frescamente: —De bastimento llevo un piazo e' panela pa'jartámelo en el primer pozo de agua que jaye; un revólver "Mitilgüilson", tres cajas de bala y unas ganas de toparme con esos desgraciados chulavitas, que le metieron candela a mi rancho con mi taita y mis hermanos a'entro. Con este mismo rescoldo se nos unió Emiliano Fernández y el Cabo Azulejo. Yo sabía que cada muchacho de estos, era una culebra que iba a mi lado dispuesta a morder mortalmente al enemigo.

—La primera emboscada que le hicimos a los militares, fue por el Caño Canacabare, mas acá de Ventanas, en el fundo de la Macarena, donde no encontramos sino al mensual. Mientras descansábamos se me ocurrió una idea que de inmediato puse en practica. —Mira, chico le dije al mensual: tú que eres llanero y como tal debes colaborar con la causa. El muchacho que no era otro que «Chilaco»





y, que desde esa vez se vino con nosotros, dijo que estaba dispuesto a lo que fuera.

Bueno mano, coge un caballo y vete a la carrera hasta el pueblo; arrima al puesto militar haciéndote el asustado. Le dices a los policías, que aquí al fundo, llegaron unos hombres muy enfermos; pero que tu crees que son chusmeros. Estoy seguro que esos pendejos se dejan venir como garzas al pozo de pescao. Pero mira mano representa bien la comedia para que te crean; te ofreces como baquiano y los traes por el caño. Ahí estaremos nosotros esperándote; cuando llegues al paso les dices que tu vas primero para indicarles el vado, y apenas entren en el caño, dale chaparro al caballo para que pases rápido. Ahí les caemos nosotros. Fue así que los cogimos sin que botaran un tiro al aire. Eran siete guates, siete fusiles y siete uniformes, con los cuales ya nos sentíamos armados.

—Ahora íbamos con el corazón crecido y la esperanza caliente, con muchas ganas de acción. Ocasión que se presentó pocos días después cuando nos encontramos con el Teniente Requiero Perdomo, quien venía con sus hombres del Vichada. Le pedí que formáramos un solo grupo con los míos.

—Como no compañero, me dijo: usted sabe que la unión hace la fuerza. El grupo de Requiero Perdomo, estaba formado por hombres fibrosos, hombres heridos directamente en lo íntimo de sus sentimientos: hermanas, mujeres e hijas violadas y después muertas, hijos castrados, hogares destruidos: nada les quedaba. Toda aquella vileza ya no les producía consternación sino arrestos para combatirla.

Enrumbamos hacia Maní, pero nos topamos de manos a boca con una patrulla de reconocimiento del Ejercito.

—¡Aquí nos las rifamos con estos desgraciados!— exclamó el Teniente. Requiero y yo animamos a nuestra gente. ¡Adelante, muchachos!, "a lo que vinimos vamos" Fue un plomeo encarnizado y le hicimos morder el polvo a la guatamenta uniformada. Pero no pudimos celebrar el triunfo, porque en la refriega cayó el Teniente Requiero Perdomo.

—"Lamenté sinceramente la muerte de este peliador: lo único que pude hacer por él, fue enterrarlo en medio de un pajonal de la sabana. Se lo encomendé a la Virgen del Carmen y sobre el promontorio de tierra coloqué una débil





cruz que fabriqué con paja "rabo`evaca". Ahí lo dejamos con sus sueños extinguidos, con sus ansias apaciguadas y con su valor mermado. Y en el silencio de aquellas soledades, dormiría apacible porque ya su dolor no existía, porque la muerte le había aliviado la quemadura agria de las balas. En recuerdo del bravo combatiente, cuando fui ascendido a capitán por los otros tenientes, mi comando tomó el nombre de R.P., letras que grabé en mi casco de acero. A partir de entonces se levanta el nombre de Guadalupe Salcedo Unda con el empuje de la estampida de un cimarrón en el Llano. También es aquí donde apareces tu, la mujer guerrera que me ha acompañado en esta refriega tan dura, la aparición que salió un día de las aguas del río Cravo y me deslumbró para siempre".

—¡Ay, maestro-brujo! Sin que pudiera decirle un montón de cosas que tenía atoradas en la garganta, se desapareció de mi sueño y yo desperté con el corazón transido de dolor otra vez, en una noche idéntica a la otra en que todo empezó.

Fui al tinajero, bebí agua; luego salí al patio a respirar aire fresco. Esta noche también estaba preñada de sugerencias misteriosas, de esbozos de siluetas bajo el

pomarroso del patio. Ruiditos medrosos que musitaban cosas y mas cosas, como si fueran y vinieran en permanentes andanzas.





## *CAMINO DE CIMARRONERAS*

Este llano es grande y ancho y, con todo lo grande y ancho que es, nosotros trajinamos todos estos tejidos de distancias vírgenes, toda esta inmensidad confusa la cruzamos al derecho y al revés, a lomo de bestia o a pie pelao, bajo la canícula de duros veranos o siguiendo el tránsito de los luceros por caminos de cimarroneras de antaño.

En los cuatro costados del Llano se vive la misma tragedia: los bravos trabajadores mueren implorando piedad, palabra que pierde significado ante los invasores de duras entrañas. Los lamentos de mujeres y niños se coagulan en sus propios gritos, los ecos se cansan de su resonancia; entonces comienza a surgir un rumor conspirativo como el de la tormenta con el viento.

El conuquero en su rancho ensoropado mira tristemente el plantío de topochos de la primera cosecha; despide las ilusiones que abrigó para venderla y comprarle a los hijos y a la mujer la prometida muda de ropa nueva.

Lanza un suspiro y exclama. —¡Lástima de mi topochera que está a tiro de primer corte!— Se levanta del

chinchorro donde estuvo meciendo sus esperanzas, enfunda el machete en la vaina de cuero crudo que ata a la cintura, descuelga la carabina de la oreja de un horcón del rancho y se la cuelga al hombro, se tercia la mochila del pertrecho y llama a gritos a la mujer. — !Jacinta! — Ella viene compungida porque ya sabe la decisión del marido. El hombre siente pena por la pobre mujer, la besa en la frente, helada por el miedo y la angustia; besa a cada uno de los barrigones que lo miran con ojos sorprendidos, pero la suerte está echada. — Mujer— le ordena —recoja los macundales, póngale las quimbas a los zutes, échate una travesía hasta el fundo del compadre Juan. Y a manera de consuelo le promete: — Espérame negra mía, que si no me tiemplan, regreso.

Así deja el rancho sepultado con sus ilusiones. Coge camino con las orejas paradas, con la nariz al viento y con una sorda angustia que va punzándole el pecho.

El vaquero mira hacia el hato que dejó atrás y se lamenta: "Lo siento por estos lares que un día me vieron nacer; que por el amo me entra un fresco, si se lo jartan los chulos. De por aquí yo me despido; no se si algún día regrese; solo me traje mi caballo rucio y mi revolver





cachablanca, es todo lo que conseguí en tantos años de trabajo. ¡Qué coño! De bastimento me llevo algunas coplas colgando". Se ajusta el sombrero, tiende la mirada por el horizonte, apura el paso del bruto y va soltando sobre la sabana las coplas que ha estructurado, según el momento por el cual está pasando su llano:

*Qué de tiempos compañeros*
*venimos sufriendo juntos,*
*yo que tengo tantos puntos*
*por experiencia probaos,*
*les traigo por resultao*
*que el estao del llanero*
*se empeora cada día*
*y es inútil la porfía*
*de tratar de mejorarlo*
*sin que se junten los brazos*
*pa' formar una organización*
*!Viva Dios, vivan los llanos,*
*viva la revolución!*

Por el otro costado del Llano, donde el Llano no puede ser más llano, al ordeñador se le encoge el corazón al dejar todo aquello que fue su mundo: las vacas, que de

tanto manosearles las ubres tienen un olor diferente para él; cada vaca tiene un sonido distinto en el entrecruce de los chorros de leche cuando caen en la totuma haciendo copos de blanca espuma; de cada una de ellas tiene el sombrerito acolchado de pelos de diferentes colores, porque sobre el ijar de cada vaca recostó su cabeza para ordeñarlas mientras les cantaba bonitos versos.

El muchacho va aplastando los retoños con sus pies descalzos, salmodia cosas dolorosas mientras se aleja de la hacienda donde nació y, de no haber sido por el conflicto del momento, allí mismo quizás hubiera muerto sin haber conocido otro horizonte que aquel señalado por los cachos del ganado. Se detiene sobre el alto de un médano para echar una última ojeada, pensando:

"Desde aquí toy escuchando a los becerros berrear. Solo me traje los rejos y los talones cuarteados de tanta sabana andada y sobre la espalda traigo una carga de tristeza, pero ya no se puede vivir con esta constante zozobra". Retoma el andar por un rumbo incierto que no sabe a donde lo llevará, pero la copla que deja esparcir sobre la sabana, en medio de las tolvaneras que le salen al encuentro, tiene una firme decisión.





*Ahora me vuelvo "chusmero",*
*no quiero que a mi me toque*
*lo que le paso a otros "ñeros."*
*La recluta es otra cosa*
*de nuestro serio conflicto,*
*nos llevan a echarnos plomo*
*pa' defensa de los ricos.*

Es así como los grupos de escopeteros campesinos van uniéndose al paso de los fusileros guadalupanos. Entre tanto, yo me formaba en los entreveros de esta guerra. Todo parecía muy trágico, pero también era hermoso ver el valor, el arrojo y la tenacidad de estos hombres... en ello había algo de sublime.

Varias veces los vi atacar con rapidez de pantera, con calma pasmosa, con sigilo del gato; pero aquellas formas y tácticas eran las mismas que usaban para sorprender una manada de ganado cimarrón: desplazándose intuitivamente, dejando una distancia entre uno y otro, haciendo un semicírculo para cercar al enemigo.

—En medio de las encarnizadas batallas, cuando obedecía ordenes de quedarme oculta, barriga contra el suelo

tras un matojo, sentía un angustioso temor por la vida de mi capitán y era tanto el suspenso que me parecía oír cómo crecía la yerba aplastada por mi vientre.

—A mis recuerdos viene una noche larga bajo un torrencial aguacero. Amanecimos a la intemperie entumecidos de frío, casi mudos porque para hablar había que mascar los chorros de agua que se calaban por entre las palabras.

Aquella mañana dio la orden de partida cuando apenas empezaban a divisarse en el cielo unos manchones lechosos. —Vamos, muchachos, a tomar café recién colado y a calentar el cuerpo en el hato de la Primavera.

—Pobre mujer, me dijo apretándome contra sus ropas mojadas, pero en su pecho palpitaba el corazón caliente de amor por mi y de coraje hacia los sanguinarios que estaban acabando con los hogares acogedores del Llano. Así lo manifestó mientras abandonábamos el monte donde nos cayó todo el aguacero tendido de aquella noche, que le daba paso a un amanecer palúdico, "malasangroso" como dice el llanero. —¡Malditos sean esos hijueputas!... están acabando con la gente buena de nuestra tierra.





La marcha comenzó. A los muchachos ya no les cabía tanto silencio y tanta agua chorreando sobre sus humanidades; parecían rotos, con el estómago pegado al espinazo.

—¡Qué hambre! Tengo las tripas hechas un nudo— dijo un hombre grande y corpulento como un árbol de caramacate, a quien apodaban "Marcagrande". Luego, señalando una mata de monte en plena sabana, se dirigió al capitán. —¿Por qué no nos arrimamos a esa mata a ver que podemos echarle al estomago?

—Pero... qué carajo puede haber ahí? —respondió —¿Y qué me dice de esas palmas cachorras?— insistió el hombre y sin esperar respuesta dirigió la bestia hacia la mata.

—Este "changarote" anda viendo comida en todas partes. Vamos a ver qué podemos encontrar en estos zaetales. —¡Jobas! gritó "El Diablo" mostrando los copos de un jobo pepiado. Pero "Marcagrande" no fue hacia el árbol de jobo, sino que saltó de su caballo a los copos de una palmera joven y, haciendo acopio de su fuerza descomunal, la abrió en dos, luego le extrajo el corazón a la palmera y le pegó

una dentellada. —Buen palmiche —comentó, ofreciéndome un pedazo del cogollo tierno y dulce, lo comí con tanta hambre, que de inmediato tenía la mano estirada pidiéndole otro pedazo. "Marcagrande" continuó abriendo las palmas como si fueran frágiles plantas quebradizas, se colocaba atravesado en el centro del cogollo y, empujando con los pies las pencas hacia un lado, con las manos empujaba hacia el otro extremo; las palmas crujían y se abrían por el centro, dejando al descubierto el apetecido palmiche que todos devorábamos en segundos; otros hombres, traían sus sombreros colmados de olorosos frutos de jobo y los repartían como pasabocas en una fiesta de gala. De allí salimos con la lengua dulce de tanto mascar cogollos de palma y los dientes fríos por la dentera de las pepas.

Encabezando la marcha, mi Capitán soñaba con una taza de café recién colado. El sol se levantó con esa pereza anémica de los amaneceres invernales que pronostican más lluvias en el transcurso del día. De pronto, al salir de una vuelta del monte que bordeaba la sabana, divisamos el hato de la Primavera. Le soltamos las riendas a los caballos, que inteligentemente apuraron el paso ansiando verse libres del peso de sus jinetes; pero, en el instante de llegar a las cercanías del hato, nos salió al encuentro aquella feti-





dez fatídica que anunciaba el paso de los "Chulavitas". Todo estaba muerto. Solo denotaba vida la zamurada que alas abiertas, cruz de pluma, coronaban los estantillos de la cerca alambrada. Los carroñeros aprovechaban el sol enclenque para secar y lustrar el luctuoso plumaje. Mi Capitán se descubrió la cabeza. — Aquí no quedo alma viviente, sigamos la marcha.

Llano adentro, Llano atravesado, nada mermaba mi entusiasmo y la alegría de andar a su lado, ni siquiera el pensar que de un momento a otro uno de los dos podía desaparecer; nada nos amedrentaba, ni la muerte; todos éramos jóvenes mamándole las tetas a la vida. Los caminos nos quedaban cortos, así fuéramos al mismo infierno. Nada detenía la marcha de aquellos soldados llaneros: ni los inviernos torrenciales, ni los días calientes como boca de fragua cuando el cielo se mantenía quieto incubando sus huevos de trueno a punto de reventar.

# *CHICHARRON Y LA BELLA DURMIENTE*

"La desgracia me cogió bien de mañana aquel día que pasó el avión tronando por encima de la mata, donde tenía un rancho y donde me encontraba desayunando en compañía de mi mujer y mis hijos. El mayor de mis muchachos andaba pisando los diez años; de ahí pa'abajo todos eran unos pijitas.

La bomba cayó sobre el rancho y la onda explosiva me lanzó lejos de la mesa; la horconadura del rancho saltó arrancada de cuajo y toda aquella armazón me cayó encima con un alarido de llamas.

No supe en ese momento lo que estaba sucediendo. Quedé aturdido y atrapado bajo varas y las pencas del empalmado de mi casa, ahora convertidas en una trampa mortal, trampa de la cual luchaba por librarme, mientras gritaba desesperado llamando a los míos. Pero, ay, Bella Durmiente, no obtuve otra respuesta que el traqueteo de la candela tragándose mi único patrimonio sentimental, mis muchachitos y mi negra Martina, la moza esplendorosa que una noche le arrebaté a la bravura de un joropo llanero.





Entonces, cayó una segunda bomba estremeciendo la tierra y confundiendo más mi cerebro, que creyó mirar en las llamas cuando saltaron, unas bailarinas locas, que luego cayeron de nuevo para apresurar su danza devastadora.

Mas tarde escuché el zumbido del maldito avión alejándose de allí; ya nada viviente quedaba que llamase su atención; eso pensaron los que me habían desgraciado la vida, pero yo había quedado respirando y desde que me quedara resuello lo utilizaría para vengarme. La cuestión era, ¿de quién quería vengarme? Eso lo pregunté después. Me dijeron que era obra de la represión, del sistema que pretendía gobernar a las malas, sometiendo al pueblo a sangre y fuego. La verdad que no lo entendí muy bien, pero aquellas señas me bastaron para ponerme al lado de los llaneros que andaban echando plomo por todas partes.

Lo del remoquete de «Chicharrón» me lo acomodaron, porque mi cuerpo quedó como un mapa cicatrizado por las quemaduras. En aquel momento no sentía la candela que me achicharraba; en medio de ese candelorión saltaba apartando vigas prendidas hasta que encontré a mi familia, todos estaban achicharraditos, meros carbones, Bella Durmiente, carboncitos que besaba una vez y otra

vez. Luego les di cristiana sepultura y salí de la mata gritando, desafiando hasta a Dios, por permitir maldades tan grandes como aquella, porque yo en mi pobre vida jamás le había hecho daño a nadie.

El dolor físico y el dolor del alma me hicieron perder la consciencia; no sé cuanto tiempo estuve tirado en cualquier lugar de este Llano; lo único que sí puedo decirte, es que Juan Cumplido me cerró las heridas del cuerpo y me fortaleció el alma.

¿Ahora comprendes, Bella Durmiente, que no eres tú sola quien carga con una pena a cuestas? Cuántos años esperas la muerte y no te ha llegado; mírate, tu belleza se ha ido, ya no existe ni el chinchorro y el rancho ya se te cae encima. Levántate mujer para llevarte donde un viejo sabio, para que vuelvas a vivir, para que logres lo que tanto has estado ansiando. Esa persona aliviará tu pena, y si tienes que ir a otro mundo en busca de lo imposible, ve a ese mundo y trae ese imposible al mundo tuyo.

No sé, maestro-brujo, si Chicharrón iba a continuar hablando, pero yo no le di tiempo. Salté de la campechana con mis ojos puestos sobre los suyos, era como si temiera





que aquel hombre se esfumara ante mi ansiedad. -¿Dime que tengo que hacer para lograr el imposible que yo quiero? Dímelo por vida tuya Chicharrón y, te juro que dejo el rancho y mi propio abandono. Tomé sus manos cicatrizadas y las besé suplicante.

—Esta bien, levántate, recoge lo que quieras llevar y mañana partimos con los primeros claros del día. No quise preguntar a dónde íbamos, temía que todo se desvaneciera, pero Chicharrón me dijo mientras cargaba su carabina: —Viajaremos hacia las selvas del Vaupés.

Desde el año uno, perdí la cuenta. Lo llamo año uno para diferenciarlo de los demás, porque fue el año de comunicación con mi Capitán por medio de los sueños. Luego desaparecieron y aunque me esforzaba por recuperarlos, las noches pasaban limpias igual que los días, así durmiera profundamente. Entonces supe que se había marchado para siempre.

Nada me quedaba, ni siquiera el chinchorro, porque de tanto usarlo se rompió, de tanto olerlo perdió su aroma. Solo quedaron unas cuantas cabuyas que guardé cuidadosamente en una mochila guerrillera hecha de lona verde,

pero que estaba tan descolorida que ahora parecía parda. Colgué la mochila de un tirante del rancho con aquellas cabuyas sagradas para mi, y le eché unas bolas de naftalina para que la polilla no se las comiera.

Ya no esperaba la muerte acostada en el chinchorro; la esperaba acostada en una campechana fabricada con el cuero de un toro cimarrón. El viejo Chicharrón me hacía una cada año. Se esmeraba en hacerlas amplias y suaves, logrando unas verdaderas obras de arte. El viejo fue incansable recorriendo el trayecto de su rancho al mío, para traerme comida; porque se empeñó en no dejarme morir de hambre como yo lo deseaba; se daba sus mañas haciendo guisos aromáticos, los cuales me ponía frente a la nariz y sonriendo, me decía: —huele, Bella Durmiente, qué sabroso; escucha cómo gruñe tu estómago, parece un león furioso. —Era verdad, el anciano me hacía flaquear en el propósito. Después lo maldecía y él se iba riendo; sabía que mientras me alimentara continuaría con vida, pero aquello que el viejo llamaba vida, era la muerte de mis esperanzas para unirme con mi amado.

El tiempo siguió su camino con el andar lento de los días, las semanas, los meses y los años; un tiempo de cuer-





po largo, de piernas cortas, de pies anchos, de pisadas de plomo. Chicharrón continuaba tan terco como yo: él con la idea de que volvería a tomar interés por el mundo, y yo, sumergida en aquel letarga

Un día llegó a aguijonearme el amor propio, confiaba en que reaccionaría con coraje al enterarme de que me habían robado el nombre del rancho. —¿Sabes, Bella Durmiente? Hoy me contaron que hay otro lugar que se llama Guafal Florido. —¿No te importa?— ¡No!, le respondí echándome la melena sobre la cara para que no viera como se llenaban de lágrimas mis ojos. —Bueno, allá tú, si no te importa; de lo que sí estoy seguro es que este rancho que un día se llamó Guafal Florido no demora en caerte encima. —Mejor, le contesté con rabia: así no tendrás el trabajo de hacer un hueco para enterrarme. —Esta bien, Bella Durmiente, esperaré ese momento. No le meteré mano para que se termine de caer y se cumpla tu deseo.

El anciano se mantuvo firme, yo también; las enredaderas avanzaban felizmente rancho adentro, rancho arriba, rancho abajo; por mi parte no moví un solo dedo para aplacar la maleza que retoñaba frondosa, tampoco el viejo usó su machete para despejar el entrecruce de a la entrada. No señor, prefería pasar a gatas con la palangana de comida.

Un día lo escuché echar unos cuantos carajos, fue cuando me obligó a dejar la caballeriza y me entró la campechana a la sala del rancho. —¡Carajo, ésto es el colmo! ¿cómo es posible que no tengas ni el instinto de conservación del animal? Un bicho cuando llueve, busca un lugar seco para dormir, y tú sientes que te cae el agua encima cuando llueve, y te quedas recibiendo el aguacero como si fueras una planta. ¿acaso no te das cuenta que el techo de esta caballeriza es una racera? !Coño! ¡jamás he visto un caso semejante en un ser humano!

Nadie se aventuraba a pasar por allí, la gente había creado un mito a mi alrededor. Se comentaba que hacía varios años había muerto y, que mi alma andaba penando dentro del rancho; que en vida tuve un pacto con el diablo, que el rey de las tinieblas me había encomendado la misión de estregarle almas; que por eso la gente me miraba acostada en un chinchorro, tratando de atraer a los hombres para hacerles caer en pecado y perder sus almas. Nadie se acordaba del nombre de mi rancho, ahora lo llamaban Rancho Maldito.

Chicharrón escuchaba en silencio los comentarios, jamás dijo esta boca mía; era mejor que la leyenda se siguiera difundiendo a que la gente viniera a curiosear y me tomaran por loca. —Eso serías ante los ojos de los campesinos, una loca rematada", me lo dijo irónicamente; sin embargo, él confiaba en que algún día me recuperaría y así me lo decía con un viejo adagio, "No hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista". Esto sucedió cuando chicharrón me contó su tragedia, y me habló de lo que usted hizo por él, de sus poderes extraordinarios y su gran sabiduría para lograr cosas imposibles. Juan Cumplido se pasó una mano por el rostro como si quisiera alejar algo que lo perturbaba; por un instante aquel rostro como fibra de matapalo estuvo rígido, pero luego se relajó y sus ojos se iluminaron con una luz interna formando un aura sobre su cabeza.





Continúe, me dijo casi sin despegar los labios. Echando fuera lo que tenemos, se limpia el espíritu; el suyo tiene que limpiarlo muy bien para que emprenda el viaje que está a punto de iniciar. -Está bien maestro brujo; está bien Juan Cumplido. Me gusta decirle Maestro, porque usted es maestro de maestros y, Juan Cumplido porque su nombre es bonito.

Fue duro el despertar de aquel letargo penoso; durante un momento contemplé la hamaca de cuero, la moví como

i arrullara una criatura en su interior, luego me despedí de lla como si me despidiera de mi propia piel; le encomendé la misión de guardar acostados todo aquel montón de años; inclinándome, le rogué. —Amiga mía, compañera de tantos sueños desesperados, ahí te dejo a la Bella Durmiente. Ella nunca volverá a dormir y tu tendrás que soportar el peso de este montón de años que pesan cuatro veces mas que yo; no los dejes despertar para que no me persigan; no permitas que me destruyan.

Luego me encaminé hacia el pequeño jardín. Sólo quedaba en pie el árbol de pomarroso con su grueso tronco de corteza carcomida y de melena enmarañada por las invasiones parasitarias. Había que ver cómo los pepinos y las plantas de ahuyama libraban terribles competencias por encaramarse sobre el caballete del rancho, para descolgar sus frutos como preciosos trofeos. Dentro había otro mundo: palacio de lagartijas, de lobones polleros, malezas descoloridas y, en las soleras y costillares del rancho estaban invadidas de comejenes como tumores cancerinos a punto de reventar.

Chicharrón salió carabina al hombro, a cazar en los esteros; iba muy contento y me prometió que cenaríamos





pato asado. Aquella promesa hizo despertar en mi estómago urgentes reclamos por ayunos continuos. Desprendí algunos pepinillos que colgaban y venciendo la repugnancia que me causaban aquellas frutas babosas y de color amarillo, de pepitas rojas y que son el bocado preferido de algunas culebras, me comí unas sin tomarles olor.

Los recuerdos me llegaron como nubes de zancudos al anochecer; entre al cuarto y descubrí en un rincón el baúl grande de cedromacho. Fue como si lo viera por primera vez; todo lo que había guardado dentro del mueble estaba impregnado con naftalina; todas las cosas tenían el amarillento sabor de los tiempos; aún los 'tucos' de batallar, sus retratos, sus cartas.

Encontré un anillo con piedra de azabache, amarrado a la punta de un pañuelo; ese anillo me lo mandó cierta vez que no pudo venir porque tuvo que pasar derecho para su hogar; con el anillo venia una nota: "Silenia, pronto estaré contigo, ahí te mando ese anillo que nunca me lo he quitado, porque es como un talismán que me da suerte; ésto quiere decir que mi suerte está contigo, y que iré a recuperar esa suerte a tu lado"

¡Ay ... maestro-brujo!, al quitarse el anillo se quitó el talismán de su buena suerte: jamás lo hirió una bala en la guerra, pero quedó desprotegido cuando ya todo había terminado; cuando se pregonaba la paz, cuando creyó que ya no había peligro. Ese pañuelo lo cargo aquí entre mis dos pechos, así siento ese algo suyo que me da fuerzas para esperar pacientemente la preparación que usted me está haciendo.

Qué lastima sentí por mi casa, la que mi Capitán y un grupo de sus hombres construyeron en pocos días palo a palo, penca de palma tras penca, bejuco a bejuco. El rancho quedó listo; la tierra del piso quedó bien aplanada por los muchachos, en la sala de medias paredes, digo paredes al encierro que hicieron con "latas de macanilla"; y enterraron en la esquina de la sala una horqueta gruesa de guarataro y ahí pusieron la tinaja representando costumbres y tradiciones.

Por supuesto que para estrenar el rancho, se propuso un parrandito, porque mi Capitán en jalarle al tiple no tenía rival. Barrí con esmero los patios que todavía estaban llenos de tronquitos a flor de tierra, los dejé fragantes a





escobos de monte. Todo olía a nuevo, a palma verde, a bejuco iguanito, a horcón de floramarillo, y también olía a sudor de hombre trabajador. Aquella tarde saboreamos sendos chuzos de carne aplanados con totumitas de anisado. - Cojan los palos muchachos, que yo ya tengo el mío, exclamó riendo. Se refería a los instrumentos musicales porque, los maniceños con guerra y todo, trasteaban sus palitos, como decían ellos.

El Teniente "Negativo" le puso sabor a su bandola, el Teniente "Cariño" a su cuatro, y el Sargento "Gorila" se apersonó de las maracas; la fiestecilla comenzó con una décima interpretada por mi capitán.

*" La mujer es una flor*
*que se encuentra donde quiera,*
*tratándose de matrimonio*
*le dan la prueba a cualquiera,*
*ellas se hallan orgullosas*
*cuando se visten de seda*
*cuando se pintan la cara*
*y se peinan la cabellera;*

*pero si las enamora un pobre*
*se espantan como una fiera».*

El sol se acostaba sobre el domo de la tierra ya dormida, el morichal parecía invocar una plegaria entre los últimos bostezos de la tarde. En aquella hora, en aquel momento de esparcimiento, se enternecían sus almas mediante la manifestación de su folclor amado, por un instante parecían haberse olvidado que cada uno de ellos era un héroe, que quizás al día siguiente estaría muerto. Pero la hombramenta guerrera, aquella hombramenta de empresa libertadora, no se le olvidaba ni por un instante de su causa; así bailaran y rieran, como lo estaban haciendo con sus chuscadas, que a falta de mujeres se valseaban entre ellos mismos con requiebros fingidos, con aquel machismo ordinario del llanero que hacia desternillar de risa.

De pronto cambiaron el ritmo, el tiple y la bandola, parecieron salir en veloz carrera por las regiones sin fronteras de la llanura, y su voz cambió el giro de las coplas lisonjeras, para meterse ahora dentro de la brújula social, interpretando un corrido con la estructura pujante de la revolución actual.





*"Arrojó Laureano Gómez*
*los chulavitas al llano*
*con fusiles, bayonetas*
*y verdes cascos de acero.*

*No importa que bajen miles*
*hasta los dientes armados:*
*nosotros los liberales*
*donde apuntamos pegamos.*

*Recuerden que en los combates*
*salen los cascos averiados;*
*cada vez que suena una bomba*
*se le da un abajo a Laureano.*

*Que se lo coman los chulos,*
*que se lo jarte el gusano,*
*que lo voten pa' ese cerro,*
*el cerro de Cucurupano.*

*Con un ganglio en la barriga*
*y un San Antonio a dos manos:*
*Que no lo pueda curar*
*ni un médico cirujano".*

Todos rieron dando abajos al enemigo y vivas a la Revolución Liberal. Su personalidad polifacética me enloquecía de amor: viril, guapo, bravo como un toro cuando peleaba, amable y bondadoso con sus compañeros; fiestero, de amplia sonrisa y con aquella mirada embrujada por las distancias, dueño de mil caminos, conocedor de muchos misterios.

Aquella primera noche bajo nuestro rancho, fue inolvidable aunque todavía no teníamos el chinchorro grande de cumare, porque ese chinchorro se lo quitaron a un gamonal, a quien no le quedaba tiempo para dormir en la hamaca tejida, por andar encabezando comisiones para matar liberales. -Ahora, en el infierno, no necesita chinchorro pa' dormir. Cójalo Capitán, pa'que duerma sabroso con la muchacha bonita y cabellona que carga; -le dijo "Marcagrande" al entregarle aquel obsequio.

A falta del chinchorro aquella noche, tendió en el suelo el cuero de un toro pintado y, sobre ese cuero nos amamos tan inmensamente como en las arenas del Cravo.

Chicharrón me rescató de aquellos recuerdos; el pato prometido estaba asado, deliciosamente asado.





## *LIDER DE GUERREROS*

—Silenia, amor mío, Por cuál lado cogemos al Llano? —Por donde mejor te parezca, Mi Capitán; todo este Llano es un universo verde, tierno y lechoso; todo es nuestro para recorrerlo amándonos más que nunca.

—Dices bien, mujer. Hoy he vuelto a sentir el aroma de la tierra, a presentir las voces de mis hombres y puedo escuchar en lo más profundo del suelo, el rugido ahogado de mis enemigos. Y estoy seguro que sigo siendo el líder máximo de los guerreros del Llano; el mismo Guadalupe Salcedo Unda. El que toca tiple, el que canta y baila, el que le echa plomo a cuanto chulavita se le ponga por delante.

Frena el ruano haciéndolo girar en los remos traseros y con la mano derecha se quita de la cabeza el casco metálico que trae puesto y lo levanta tan alto cuanto el brazo se lo permite, como si lo ofrendara al astro rey, que en ese momento comienza a ascender por las regiones siderales. Sonriendo, exclama —Mira, Silenia, desde el día que cogí este maldito casco "chulavita" con los primeros fusiles en el paso del Algarrobo, desde ese día no me lo he quitado.

Y no es que me guste mas que mi sombrero, al que tengo abandonado. Es que llevando sobre mi cabeza esta perola del enemigo, le estoy gritando la burla que se merece, le estoy diciendo cuánto poder rebelde tienen los hijos de esta llanura.

Las bestias se colocan una a la par de la otra, bailotean nerviosas en espera del taloneo en los ijares para arrancar al galope. El viento viene corriendo por la franja arenosa del camino, levantando tolvaneras; pasa por en medio de los amantes, enredado en un pelea con el diablo.

—¡Ave María Purísima!— dice Silenia cubriéndose la cara con ambas manos; pero el diablo con sus travesuras le levantó la falda a la mujer y le dejó al descubierto las bellas piernas que hacían horqueta sobre la montura.

—¡Coño, chica, tus piernas siguen siendo muy bonitas! Toda tu eres bonita— dice con esa sonrisa suya de dientes blancos y de ojos luminosos, clavados sobre sus piernas.
—Si, chica, agrega eres como un araguaney florecido en los silencios y soledades del Llano, no hay ojos que no se deslumbren al ver un ramillete de flores amarillas brotadas de la tierra verde contra el espejo azul de los cielos.





Con los ojos llenos de luz, Silenia ríe para expresar lo que esta sintiendo. —Soy tan feliz, tanto, que en lugar de ir cabalgando me parece que voy deslizándome sobre un río de fantasía o sobre un caudal de ficción. —Siempre has hablado muy bonito, Silenia Monteblanco, por eso te prefiero, eres diferente a las mujeres de por aquí.

La figura de un jinete que viene muy distante, corta el coloquio amoroso y pone en ascuas a los amantes. El capitán se empina sobre los estribos de la montura; luego, identificando la figura que continua avanzando, exclama: —Es un hombre de los míos. Ella duda ante la distancia que aún esta de por medio —¿Cómo sabes que es uno de tus hombres?— Por la forma como trae las bandoleras; además, estoy seguro que es "Araguato"; yo tengo una vista tragaleguas que no me falla.

Un momento después el hombre frena su caballo y se dirige al Capitán, descubriéndose la cabeza y saluda con una pregunta. —Comandante, ¿Onde se había metió? Hace rato que ando buscándolo; atrás de mi, viene otro poco de gente desperdigada, viene el teniente "Alemán", el teniente Requiero Perdomo, "El Burrito", "Kilo´egüeso", "Caricare", "Topocho", "Tigrenegro"y " Chichigua"; por

los lados del Charte anda otro poco de hombres, sabaniándolo a usted.

El recién llegado se coloca nuevamente el sombrero. Los cabellos cobrizos se le hunden dentro de éste, tiene unas greñas de barbas sucias; trae los pantalones curtidos, desflecados, enrollados mas arriba de la rodilla y los pies engarzados en los estribos de pala lucen rayados por las pajas de hojas filosas.

El capitán se pasa una mano por la cara como si quisiera descorrer un velo que oscurece su memoria y, tratando de justificar su ausencia de las filas revolucionarias, posa con ternura la mano en el hombro del subalterno. — Carajo chico, la verdad no sé cómo me extravié en unos caminos sin salida y en unos lugares donde ni siquiera existe la noche. De no ser por esta mujer que me sacó de allá, todavía anduviera dando más vueltas que un trompo en la rayuela. Pero ahora lo importante es que te devuelvas recogiendo la gente; diles que antes del anochecer les caigo en la Angelereña. —Allá taremos esperándolo comandante,— afirmó el hombre tomando el regreso al galope.

Largo rato estuvo contemplando la figura del jinete que se fue perdiendo en la distancia. Abrió los labios para





comentar algo, pero calló al fijar sus ojos en el rostro de Silenia. La mujer está lívida, espantada por algo que acaba de recordar, algo tan importante que no era posible olvidar. Sin embargo, la felicidad del momento, la dicha de estar al lado del hombre amado, la hizo olvidarse por completo de aquello tan importante en su vida.

—Qué te pasa mujer? —Recordé que tengo que regresar a la orilla del río Cravo, donde dejé algo muy importante. —No, mujer, tu no puedes dejarme ahora. —¿Qué puede ser tan importante para ti, que no sea yo? —¡Dios mío! dice ella, cerrando los ojos, ya es demasiado tarde. ¡Vamos, mi capitán, a la Angelereña, o donde tu quieras!

Los caballos se ponen en marcha a la par. El habla de tantas cosas... pero ella no escucha porque en ese momento percibe sensaciones desconocidas. Toda su alma grita melodías que parecen fundirse en los sonidos cósmicos, como si la dicha de su amor por aquel hombre la convirtiera en eterna; como si el tiempo, en adelante, jamás tuviera limitaciones. Pero no podía dejar de pensar en aquella parte suya que dejó abandonada a orillas del Cravo.

De pronto un disparo la trajo nuevamente a su montura. Guadalupe reía sosteniendo el revolver en alto.

—¡Coño! ¿En qué vienes pensando? Si no disparo, sigues ida por completo. ¿No será que andas enamorada de otro? Si es así, aquí mismo te dejo en bandeja pa' los chulos. Silenia lo mira extrañada. —No debería pensar así, Mi Capitán. —¿Y de qué otro modo tengo que pensar? La mujer guardó silencio; no podía ser que comprendiera o aceptara el cambio que él mismo no había podido aceptar durante tantos años. Entonces exclamó riendo —Tu no podrías matarme, Mi Capitán. ¡Como tampoco podrás hacerme igual lo que tu sabes! —¿Qué te pasa, mujer? ¿Estás dudando de mi integridad de macho? Silenia no respondió y animó a su yegua, que se lanzó a galope tendido. —¡Espera, esta noche te lo confirmo en la Angelereña!, le gritó él chaparriando al ruano con rabia.

Por las piernas desnudas del amplio caney, contra el ras de su alero, se alcanzan a ver dos luceros de ojos brillantes que a cada momento, en el lejano poniente, titilan sus pupilas móviles. Sobre la pizarra gigante del cielo, el beso de luz de dos estrellas fugaces parece dejar escrito un incierto pronóstico sobre su destino.

Encogió las piernas dentro del chinchorro para ver mejor el guiñar de ojos de aquellos luceros. Ella dormía





apaciblemente recostada sobre su pecho, la sentía tibia, no parecía inconforme con las sensaciones que lo perturbaron y le impidieron hacerle el amor. Algo desconocido no lo dejó penetrar en ella, fue como si no tuviera piel ni calor, ni el aroma que la hembra emana para enervar al macho. Pero dentro de él había un grito que iba y venía, tornando y retornando en ese fondo profundo e impalpable que se llama amor. Indudablemente la seguía amando tanto como la primera vez en la orilla del río Cravo.

Aquella mañana todo había sido muy extraño. Sintió que nacía entre los colores desordenados del amanecer, como si surgiera de una fuga de recuerdos entre locos espejismos, mientras buscaba un hueco de luz en su cerebro que lo conectara a los recuerdos refundidos en algún rincón de la memoria, para verse de pronto se vio cabalgando al lado de Silenia, con el cuerpo incolmable de deseos de reír, de amar, de gritar, de hacer locuras...

—Despierta Silenia, mira ese par de luceros allá por los lados de Cupiagua. Fíjate, parecen los ojos de una tigra celosa en la puerta de su cueva.

Ella se estira, se encoge, parece una gata mimosa acomodándose sobre el pecho de él, mueve los párpados car-

gados de sueño y se queja. —¡Ay!... ya casi amanece. . . ¿Todavía estás despierto viendo luceros? —Es que esos luceros me traen recuerdos de cuando estaba muchacho. Voy a contarte algo sobre mi vida. Yo crecí entre Tame, Arauca y Arauquita. Mi taita tuvo un fundo llamado la "Ceiba", cerca a Tame en la vereda de los "Chorros". Alfredo Parada fue compañero mío desde que éramos unos "pijitas" y por estos malditos luceros nos agarramos varias veces a coñazos.

Silenia se sienta en el borde del chinchorro llena de curiosidad. —¡Cuenta mi capitán, cuéntame ese pasaje de tu vida que debe ser muy interesante. Ahora es él quien se estira entre el chinchorro, coloca ambas manos detrás de la nuca y sonríe para soltarle el largo a la soga de los recuerdos.

—Resulta que la mamá de Alfredo lo dejaba en mi casa por algunas temporadas al cuidado de mi vieja Tomasa. El carajo ese, desde pequeño era cuajado como un "maute" de cuarta de cacho. Era un muchacho que le volaba la pierna a los potrancos cerreros a puro pelo y no se dejaba tumbar. Como yo nunca quería dejarme echar tierra de nadie, aprendí a jinetiar y no me le quedaba atrás. Todo ese Llano





nos quedaba chiquito apostando carreras, el que perdía traía el agua del caño para el oficio de la casa, regaba las matas, le daba agua a los becerros y rajaba la leña para el fogón. Eramos como un par de potrancos corriendo libres por el llano, por esta tierra a la que ahora estamos defendiendo con el precio de la vida.

A veces, mi vieja salía a pescar por la noche, se metía en una canoa y se dejaba llevar por la corriente del cañito que pasaba cerca al fundo, armada con un arpón; no había guabina ni dormilón que se le escapara. La tarea de nosotros era la de alumbrarle desde la orilla con unos "jachos" que hacíamos con hojas de topocho seco; formábamos el "jacho", lo untábamos con manteca de pescado para que no se apagara y corríamos por la orilla alumbrándole a mi vieja. —¡Una guabina, ahí te va Guadalupe! Cuidado no te vaya a mordé'. Ahí te va un dormilón, Alfredito. Aquí arponié un mapurite, gritaba mi vieja gozando de su puntería.

Tomasita, como le decía mi taita, era una mujer competente en su medio. Sacaba al viejo a plomo cuando le descubría gato encerrado. Si Antonio Salcedo se demoraba en el pueblo unos días echándose sus tragos, en nuestra

casa no se pasaba un día en claro: a ella no le faltaban sus gallinitas en el patio, el cochinito engordando en el chiquero y en la sementera el racimo de topocho, las matas de yuca, la caña por si se acababa la panela y el maizalito que completaba la provisión. Jamás faltó una troja con frondosos cebollines, un jardincito con plantas de flores, a las que este pecho guadalupano tenia que regar todos los días de verano a las cinco de la mañana, porque si no, Tomasita me tallaba el culo con cuero de ganado". Silenia soltó una carcajada celebrando la chuscada del capitán.

—Bueno, pero voy a contarte lo de los luceros porque, fíjate chica, los malditos son tan andariegos como yo. En algunas noches de luna clara, estos mismos ojones, retoñaban casi a flor de tierra y se iban levantando rápidamente. Es la seña de que están poniendo los terecayes, por eso los llaman luceros terecayeros. Mi taita me había regalado el cuero de un toro lebruno y yo lo ponía en el patio para echarme pata´jarriba a ver ese mundo misterioso del cielo, donde parece que todos esos ojos brillantes palpitan al mismo tiempo. Cuando Alfredo estaba conmigo lo invitaba a contarlos; poníamos como punto de partida a la luna, porque era la más grandota; decíamos que estaba preñada a punto de parir más ojos brillantes, pues creíamos que la





luna paría todo aquel montón de puntos regados en el cielo. Además, conveníamos en repartirla por la mitad, una parte para Alfredo y otra para mi. Y acordabamos que al llegar a cincuenta parábamos, porque de ahí en adelante se nos acababan los números. Alfredo se acostaba a mi lado y ambos señalábamos un punto tratando de no confundirlo con el señalado por el otro; pero llegaba un momento en que se formaba la discusión y siempre fue por estos luceros.

—¡Ese ya lo tengo contao yo! gritaba Alfredo. —¡Si como no!... ¿No te acuerdas que cuando comenzamos a contar, te dije que esos que parecen ojos de vaca brava, son míos? —¡Cómo eres de tramposo Guadalupe! yo ya los conté. Así comenzábamos a calentarnos hasta que me paraba, jalaba el cuero y tiraba a Alfredo al suelo. Luego para humillarlo le gritaba. —¡Este es mi cuero, mi patio, mi casa y mi pedazo de cielo! Alfredo se paraba bufando como un toro y me zampaba un carajazo para responderme. —Pues quédate con tu cuero, con tu patio, con tu casa, con tu pedazo de cielo y con este coñazo por tramposo y mal amigo.

—¡Qué ternura de niño fuiste mi capitán! Quién hubiera imaginado que aquel niño que se peleaba con su ami-

go de juegos por los luceros del cielo, en este momento sea un líder de guerreros. Exclamó ella cubriéndole de besos.

—Pendejadas de muchachos, repuso sonriendo y continuó. La verdad que los recuerdos de niño se anidan en el cerebro y ahí permanecen como huevos empollando para reventar en cualquier momento de añoranza. Por ejemplo, cuando escucho a los viejos llaneros cantándole a una vaca para ordeñarla, de inmediato se me presenta la imagen de mi taita. Igualmente me sucede cuando entro a un fogón con topias de comején: ahí me parece ver a mamá Tomasa atareada en los oficios de la cocina.

—Mira, Silenia, los quehaceres empezaban apenas despuntaba la aurora. A esa hora mi vieja tenia la olla puesta en las topias y la candela chisporroteando alegremente; recuerdo su cara morena alumbrada por los resplandores del fogón, sus ojos como dos pepas de paraparas, el pelo negro y estoposo recogido con una peineta tras la nuca; la clásica mujer llanera, airosa en los parrandos, fuerte en su medio, mujer de un solo hombre, madre querendona de sus hijos. Cuando mamá Tomasa se enamoró locamente de su primo Antonio Salcedo, el que ahora es mi taita, la gente murmuró sobre aquellos amores por el parentesco. Ella





dizque respondió frescamente: ¿Y qué, acaso la carne de primo no va también a la tasajera?

Después que regresabamos de bañarnos en el caño, mi viejo y yo, escuchábamos la voz de ella llamándonos: ¡Antonio y Guadalupe, vengan a beber el café! Para el viejo un pocillo grande de café cerrero, para mi un pocillo de guayoyo. En el chiquero apuraban los bramidos de los becerros y en el corral el paciente rezongo de las vacas hacían que mi taita exclamara —Vamos Guada, a ordeñar las vacas, coge el rejo achicador y la camaza.

A esa hora, el Llano se pone en movimiento con todos sus habitantes. De la ceiba del corral comenzaban a salir los zamuros que dormían allí para estar atentos cuando se mataba un marrano o una res. Del morichal cercano regresaban chillandito una fila de cochinos que madrugaban a comer pepas de moriche. Y por los aires pasaba volando cuanto pájaro Dios creó.

Los nombres de las vacas se empataban uno a uno en la garganta de mi taita, haciendo que la nota consonante se filtrara entre el bufido inconforme de las novillas recién paridas.

*Bragaita, Bragaita.*
*Una mancha en siendo vieja*
*con una nueva se quita,*
*con los bienes del que es tonto*
*el que es vivo se habilita.*
*Bragaiiitaaa, Bragaiiitaaa...*

Después de ordeñar la vaca "Bragaita", le tocaba el turno a la vaca "Paloma".

*Yo soy viejo sin culpa*
*que las muchachas me quieran,*
*tengo la sangre liviana*
*como paloma casera.*
*Palomiiita, palomiiita...*

"Como mi hermano Liberato era menor que yo, a mí me tocaba ayudar en las faenas diarias; así me fui formando en la escuela del trabajo rudo".

El capitán se detuvo con los ojos puestos en aquellos luceros que parecían hundirse entre el seno del cielo y el confín del Llano. —¡Coño, Silenia! qué tiempos aquellos que se fueron por caminos sin regreso, se lamentó y guar-





dó silencio. Ella respetó su actitud y se acomodó tratando de dormir el comienzo de la madrugada.

La noche, cansada de moler las horas con su aliento, se recogió dentro de ella misma para morir con los claros de la aurora. El pensamiento se acomodó entre la agonía de la noche y el nacimiento del día. Silenia había vuelto a dormirse. ¡Cuánto la quería, cuánto amaba a aquella mujer!, pero no con el amor bravo y ardiente de otros tiempos. Ahora su amor por ella era como un río hermoso en busca de una playa azul, en un mundo sin distancias.

Aquel primer dia de su llegada a la Angelereña, estuvo horas y horas recibiendo el desfile interminable de gentes. Era lastimoso el estado de aquellos infelices. Algunos, pudieron conservar unida la familia. En cambio, muchas mujeres traían las cabezas vencidas y los ojos caídos de vergüenza por los ultrajes a que fueron sometidas, al ver asesinar a sus maridos, mientras a ella les daban un " redoblón", como se denominaban las violaciones masivas.

La voz se fue regando silenciosamente pero con rapidez increíble. Recorrió sabanas, hatos, fundos, ríos y se metió en lo más profundo de los montes donde se refugia-

ban los liberales, ¡Guadalupe Salcedo acaba de llegar a la "Angelereña", anda reuniendo su gente!. Silenciosamente pero corriendo rapidito, la gente fue saliendo de sus refugios, fue llegando a la Angelereña, fue aglomerándose alrededor del compañero, del bravo peleador y jefe de los rebeldes del Llano.

Despierta la "Angelereña" ante los aplausos de todo aquel gentío, aplausos que suenan fuertes porque vienen de manos encallecidas por el uso de las sogas vaqueras, por las cachas de los machetes conuqueros, por hombres que han estado forjando el Llano con su trabajo rudo y sus corazones alegres.

Aquella mañana sonó el caracol de una embarcación por la orilla derecha del río Cusiana. Hay hombres vigilando. Uno de ellos llega corriendo a informar: ¡Vienen tres bongos con gente!.

—¡Alto! ¿Quien vive? —!Gente Guadalupana!— Un momento después se escucha que dicen !llegan los Unda! El capitán corre al puerto; en ese momento don Antonio Salcedo salta a tierra con el cabo de una embarcación en la mano y no termina de asegurarlo en una estaca, cuando





doña Tomasa va rampa arriba gritando: —¡mi muchacho! ¡mi muchacho! Ya el corazón me lo decía, que aquí te encontraría. Los brazos abiertos hablaban de un abrazo de madre e hijo, pero a unos pocos pasos la mujer se detiene para ordenarle. —¡Arrodíllate, muchacho, pa' echarte la bendición! El guerrero que corta los ríos con el pecho, que revienta las sabanas bajo los cascos de su potro, que desafía chubascos torrenciales, que abre las noches cerradas con ojos de guarracuco para embestir al chulavita, que tiene la bravura y la fuerza del cimarrón, humildemente descubre su cabeza para hincar rodilla entera y decir ¡Bendígame, mamá Tomasa! Ella traza con la mano derecha una cruz sobre la cabeza del hijo, al tiempo que reza un "que Dios te bendiga, te acompañe y te favorezca, hijo mío". Ahora si se abrazan con la fuerza de la sangre, con la fuerza del llano, mientras que la hebra mas poderosa de la macolla Unda, derrama lágrimas de felicidad. Luego llama a gritos al marido: !Antonio! Acuérdate que le debemos una promesa a la Virgen del Carmen, por este milagro que nos hizo. Don Antonio responde esperando el turno para abrazar a su hijo.

—No te preocupes mujer, esa promesa se la pagaremos a la Virgen apenas regresamos a Guariamena.

Los abrazos van cediendo el turno a los familiares: Susana, Liberato, don Juan de Matta, Lucas, don Sixto, Aquilino, "Chichigua", "Pielroja" y continúan otros parientes: "Chilaco", Escalante y Pablo Emiliano Fernández.

—¡Sigan!, vamos a ver como se acomoda tanta gente, estoy esperando al chapín Sagrario, que no demora en llegar; cuando vea su hato lleno de gente se va a caer de nalgas... Porque desde anoche hay un gentío amontonado aquí.

No fue para menos la sorpresa de chapín Sagrario. Al encontrar su hacienda vuelta un hormiguero humano, volteó grupas al caballo diciéndose: —¡Los Chulavitas se tomaron mi hato! Pero unas banderas rojas, flameando en el paradero, le avisaron que era gente revolucionaria que estaba allí.

El chapín Sagrario frenó la bestia en el paradero. Sin desmontarse, pasó la vista por toda aquella muchedumbre que invadía sus propiedades y dirigiéndose al capitán a manera de saludo preguntó —¡¿Supongo que ya se están jartando mi ganado?! —Supone bien chapín Sagrario,... ¿o prefiere que se lo jarten los Chulavitas? —Ni pu'el putas, jártenselo todo, ojalá no quede ni una rucha en pie, pa'





llenarle el buche a esa plaga. Afloja de la panza del caballo las tenazas de sus piernas y se tira al suelo con los brazos abiertos dirigiéndose al capitán: —¡Coño, negro Guada!, esta vaina es toda tuya, acomoda tu gente que desde este momento la Angelereña puede considerarse comando guerrillero.

Después del abrazo fraterno del hacendado, el jefe revolucionario abrió los brazos y anunció a su gente. —La Angelereña es nuestro comando número uno. ¡¿Qué les parece muchachos?!

¡Que viva don Sagrario! respondieron en coro, ¡Que viva el capitán! y ¡Que viva la revolución llanera! —¡Je..je..je..! —rió el viejo dueño de la Angelereña, regocijado por aquella ovación de agradecimiento. —Hagan ranchos y acomódense como puedan, dispongan de lo que necesiten hasta donde alcance. Lo dijo con la seriedad y bondad hospitalaria del Llano. Luego se dirigió al capitán: —Ahora vengo pa'que conversemos, chico. Echó a andar con sus pasos curvos y cortos hacia el interior de la casa. —Aquí te espero, viejo Sagrario. Respondió el capitán sonriendo con gratitud.

CASA DE LA CULTURA JOSE EUSTASIO RIVERA BIBLIOTECA GRANADA - META

El chapín Sagrario es uno de aquellos viejos llaneros de sabrosos pasajes y estupendos embustes, de aquellos viejos que parecen sentarse en la amplitud del tiempo, llenos de bondad, jacarandosos como ellos solos y liberales "hasta la patica", como solía decir.





## *NOCHE CON LUNA DE CARA REDONDA*

Encuentro de hombres en la noche, noche con luna de cara redonda, con vientecito que acaricia como mano de muchacha quinceañera; noche bonita que arranca lamentaciones en las llaneradas de los viejos caneyes. ! Ah, malaya aquellos tiempos cuando la copla retozaba como potranca cerrera!.

Pero en estos tiempos de noche bonita, los hombres están cambiando la copla por el fusil, las maracas por pertrecho, el cuatro y el arpa por caminos de rumbos diferentes y, aunque los rumbos sean diferentes, sólo llevan una sola finalidad consciente, porque en la memoria de ellos no existe retroceso alguno.

Por las sabanas largas, anchas y planas, por el rumbo que el llanero se fabricó como territorio libre, por los llanos de Casanare, de Arauca y Meta, por aquellos palacios de vientos ardientes donde se perdieron los caminos de los hombres alegres, se perdieron las voces líricas de la llanura, se perdieron los juglares; sólo se oye el grito desesperado de los horizontes pidiendo auxilio, humillados ante las grandes torres que los opacan, que les rompen las ve-

nas, que los dejan sordos por tantos ruidos, que les sacan la sangre y que ya no se sabe si en verdad pueden seguir llamándose horizontes llaneros.

Acá, el caney parece un árbol donde anidan arrendajos por el entretejido de las hamacas colgadas. En el centro de la estancia el capitán se está meciendo, se mece y se mece mientras piensa, mientras trata de descifrar el misterio que lo rodea. El !Zuas!... ¡Zuas! de los colgaderos tiene el ritmo de suspenso que todos soportan ante el silencio que cae como plomo sobre el hombre conversador de las grandes soledades. Pero aguantan el pesado silencio esperando las órdenes del superior, no porque sea el jefe quien los atemoriza con su voz de mando; sino porque el joven que los encabeza está formado con su mismo ingrediente: es agua tibia de los esteros, tolvanera de los caminos, sudor de potro brioso, ansias de libertad, joropo en la noche fresca; un hombre a quien por el enramaje de sus venas le corre la sangre del conuquero, del vaquero asalariado, del indio que habitó primero la tierra: sangre llanera que revienta como cogollo de pasto a la entrada del invierno. Por esto, más que como jefe, lo miran como al amigo y compañero o, simplemente, como al "negro Guada" como lo llaman los viejos de la región; como al criollo que va ganando confianza para los suyos; como el brazo fuerte que combate al atropellador foráneo; como al hombre dotado de sabiduría innata, educado por la naturaleza, ideólogo de la idiosincrasia llanera, audaz en el combate y astuto para sacarle provecho a la ironía social, que hábilmente convierte en licencia poética, de donde surge la frase con que aviva el deseo de lucha de sus hombres.





En algunos momentos de receso guerrero se le mira cambiar el fusil por el tiple y con gran maestría cantarle a su Llano, a las mujeres bonitas, y también, con preferencia, compone versos alusivos a la causa por la cual están peleando y, sin embargo, no es la excepción del yoismo en la cantahabla llanera:

*"Soy el león de los Llanos*
*que asusta con su rugido*
*Soy Guadalupe Salcedo*
*nunca muerto ni vencido"*

Porque como peón de hato, como mestizo indio mulato, sabe que no hay discurso ni conferencia más elocuente, que llegue tan directa, haciéndole parar las orejas al campesinado, que una copla o un corrido bien cantado, al son

de los instrumentos criollos, en la gran plaza de los caneyes sabaneros. Es allí donde el líder revolucionario se monta sobre el lomo de la brújula social, al igual que en un caballo de cascos veloces y sabe cómo hincarle el corazón a sus hombres. Porque aquellas coplas salen enervadas de su garganta con una estructura pujante, capaces de convertir el temor a la muerte en un joropo sonado.

*"Los hombres y las metrallas*
*no son enemigos malos,*
*son cohetes de una fiesta*
*que venimos celebrando"*

Al fin se decide a hablar. —Muchachos, dice: de golpe... parece que despertamos y nos encontramos desorganizados, como vacíos. Además, hay algunos jefes de grupo y sus hombres, desaparecidos. Aquí no queda otra salida que reorganizar la gente, volver a los puestos de combate y buscar a los desaparecidos. La verdad es que por más que le doy vuelta al asunto no le encuentro explicación, dijo, deteniendo las mecidas. Se sentó acaballado en el chinchorro y a su alrededor saltaron unos pujidos, un salivazo por aquí, otro por allá. —Tampoco nosotros comprendemos qué diablos está pasando, responde alguien.





Chapín Sagrario, quien estaba atento en espera de la oportunidad para entrar a dialogar, comentó: —Cámara, hoy por creer que los chulavitas se volvieron brujos y en vez de echarnos plomo, nos están echando "marramuncias" porque fíjate, negro Guada, esta vaina de que todos andamos esgaritaos y hasta medio trascordaos de la memoria, no puede ser otra cosa que obra de la brujería.

Se acostó un silencio que pesaba como plomo, algo inexplicable que se anunciaba flotando en el ambiente. Fue entonces cuando cantó la garza morena cuatro veces a las cuatro de la madrugada, en la orilla opuesta del Cusiana. Su canto fue tan fuerte que estremeció el umbrío de los montes más allá de las vertientes del Orinoco. Y fue tan potente el canto de la garza morena que los hatajos de caballos relincharon llenos de bríos; la sabana tembló con las estampidas de los rebaños que pasaron de largo frente al hato; luego se escucharon coplas de cabestreros y cantaron miles de gallos, ladraron cientos de perros; todos los gallos y perros que los guerrilleros silenciaron para que no delataran la presencia de sus campamentos secretos. También se escucharon llantos lastimeros de niños extraviados por las sabanas, llantos de mujeres, llantos y más llantos de todos aquellos que no pudieron llorar porque el terror

les desorbitó los ojos y les anudó la garganta. Después se oyeron unos ecos quebrando las distancias, ecos que pedían justicia para los inocentes insepultos. Y se escucharon muchas cosas que hacía mucho tiempo no se oían.

El canto de la garza morena en la madrugada de aquel día, que comenzó con la luna de cara redonda, de añoranzas e inquietudes dormidas, de odios, de venganzas y amores rotos, produjo un despertar en las pasiones que hibernaban en los corazones de estos hombres. Fue como mil campanas al vuelo, como millones de vibraciones devolviéndole las energías a cada quien, para retornarles ese ser llanero que parecía haberse refundido en el lienzo que el tiempo va tendiendo en la existencia de los hombres.

En verdad que fue un nuevo despertar, algo extraño los apabullaba, algo que se interponía en cada uno de ellos y no los dejaba formar el grupo compacto de hombres que querían reanudar una guerra y defender su territorio, y ese algo extraño era una especie de frialdad que apagaba ese calor y entusiasmo del llanero ante el reencuentro con el amigo y, la causa por la cual siempre está dispuesto a derramar hasta su última gota de sangre. Ni siquiera se rompió a la llegada de sus padres, hermanos y parientes.





Aquella noche se iniciaron charlas que se quedaron inconclusas porque el pensamiento en cada cerebro andaba por trochas extraviadas, por senderos sin salidas, por ríos ciegos que no conducían a ninguna parte. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Acaso estarían bajo el poder de un brebaje aletargante? Porque de otra manera no se explicaban aquel comportamiento, que aunque la lengua les picaba no se atrevían a hablar y, las ideas huían incoherentes y espantadas hasta quedar cada quien sumido en largas cavilaciones.

Todo esto se rompió con los cuatro cantos de la garza morena. Fue como si se soltaran las invisibles ataduras que aprisionaban sus espíritus. El capitán recobró la energía y la jovialidad que le habían distinguido y saltó del chinchorro bromeando y dando órdenes a la vez. El caney se inundó de risas, brotaron olores pegajosos, olores a sexos sin uso, a bostezos de bocas cerradas, a suspiros de estómagos añejos y a un sin fin de cosas estancadas en el fondo profundo del pozo de los años.

Cuando se fueron aplacando las risas y los murmullos, el capitán ordenó con su voz firme: —Muchachos, a ensillar las bestias, todas las que están en el corral. El Chapín Sagrario nos regaló sus hatajos, hay caballos suficien-

tes para todos. Así que ¡adelante mis llaneros cuatriboliaos! Quiero que los jefes de grupos se me presenten con sus hombres, con el rumbo que desean coger en la búsqueda de nuestros compañeros desaparecidos.

La Angelereña se convirtió en un hervidero de hombres acuciosos aperando bestias, haciéndosele a los lomos y aguantando los corcoveos de los caballos sin domar. Muchos de ellos mordieron el polvo del paradero entre exclamaciones y carcajadas, como en los viejos tiempos de trabajos de llano. En medio del barullo del gentío, apareció el chapín Sagrario abriéndose paso con un mechero de kerosene en la mano derecha, levantándolo lo más alto que podía, con su tongoneo de piernas cortas y curvas, de tronco largo y macizo y su vozarrón de dueño de hato, acostumbrado a gritar a las peonadas para ser oído entre el bramar de las reses. —Háganse a un lado gran carajos, déjenme pasar— y con la izquierda manoteaba como si fuese espantando animales; así logró situarse al lado del capitán, quién seguía los movimientos de sus hombres recostado a un horcón del caney. —Coño negro Guada, lástima que yo tenga todo este rosario de años encima, que si esto hubiera sido en mis tiempos de mozo ¡Hijueputa! hubiera acabado hasta con el nido de la perra... —No te mortifiques, viejo





Sagrario, tú eres un valiente guerrero aunque no vayas con nosotros empuñando un fusil; con haberte desprendido de tu capital para ponerlo al servicio de la causa, estás demostrando una gran valentía y fidelidad para con el pueblo llanero. —Ojalá, muchacho, ojalá sea como dices — concedió el chapín Sagrario, como si dudara de que su colaboración contribuyera en mucho a las fuerzas revolucionarias.

Allá van los guerreros con la imagen de un tiempo angustioso, un tiempo escondido en sus recuerdos, un tiempo agazapado listo a saltar en cualquier momento en su presente. Allá van los guadalupanos camino del ancho silencio de la noche, que declina por el hermoso sendero del alba que viene naciendo. Y allá se va perdiendo la silueta del capitán, entre los tules del amanecer, que sobre su brioso caballo semeja un corpulento centauro en la llanura infinita.

## *ADIOS GUAFAL FLORIDO*

—Silenia, tienes que regresar a Guafal Florido. Lo dijo como una orden terminante. —Pero, mi capitán... —Aquí no hay peros que valgan, ni tiempo para carantoñas, Silenia Monteblanco. Ahora mismo te me vas para allá en compañía de Juanita Olmos. —¡Maldita sea! ¿Tienes que imponerme a esa pava desgraciada?—No empieces con tus celos, Silenia. Juanita es una muchacha valiente que puede ayudarte a defender de cualquier ataque del enemigo. —Para defenderme me basto y me sobro yo misma. ¿Acaso no te he dado muestras de valor? ¿No fui yo quien te rescató cuando ya no tenías ni la más remota esperanza de encontrar el camino de regreso en el extravío en que andabas? —No creas, mujer, que he olvidado eso. Sé que eres valiente y muy inteligente, pero las dos se me van para Guafal Florido, espero encontrarlas allá a mi regreso.

Qué celos tan grandes experimentó aquella mañana cuando él se despedía y se presentó cabalgando en el moro gigante que el viejo Sagrario le había regalado. Hermoso se miraba sobre el bello ejemplar y en qué forma lo admiraba la Juanita Olmos. Consciente de esa admiración que causaba en la muchacha, hacia alardes de su destreza obli-





gando a la bestia a obedecerle en todos los lucimientos que deseaba. La provocadora de hombres agrandó sus ojos como soles, cuando el capitán hizo encabritar el caballo y levantarse en los dos remos traseros. Luego le asestó una palmada en el anca para arrancar con violencia al tiempo que dejaba la mano extendida, en una despedida rápida, en un hasta luego pues...

Aquellas actitudes suyas las conocía muy bien ella; varias veces presenció su destreza como uno de los mejores chalanes del Llano. Usaba un bozal de cuero de danta, que hacía tirar de lomo a los caballos más indómitos cuando los frenaba; tenía la rapidez de un rayo para correrle el tapacojos a la bestia, a la vez que le pegaba una palmada en el cogote y, así daba comienzo al primer brinco combinándolo serenamente con la caída en la silla. Luego, su grito de triunfo agitando al animal con ese ¡jepe... jepe...! en el cual tejía oportuno el quejido de la silla en cada barquineo del furioso bruto corcoveando por derecho.

Otra de sus grandes virtudes en la chalanería llanera, era el famoso "remolineo" o "curva rastrera" que consistía en un corcoveo provocado, muy gracioso pero bastante peligroso al obligar a la bestia salvaje a tirarse de lado y

levantarse sin tocar el suelo. Y en arranques de maestría no agarraba el cabestro por si acaso una caída, porque confiaba plenamente en el nudo musculoso y compacto de sus piernas.

Aquella mañana estuvo esperando el momento oportuno para rogarle que la dejara acompañarlo como otras veces. El capitán estaba impartiendo órdenes y destino a las comisiones que ya comenzaban a partir. Ella avanzó cuando creyó que todo quedaba listo, pero precisamente en ese momento apareció una muchacha luciendo un vestido de florecitas moradas, quien con mucha propiedad se presentó ante él y se cuadró al estilo militar... —¡Me llamo Juanita Olmos, y estoy pa' servirle en todo lo que usté disponga, capitán Guadalupe Salcedo! y, perdone mi franqueza, pero es usté' más bien parecido de lo que me lo habían pintao'. Lo dijo con un coqueteo de pechos saltones, de apretada cintura, y con un trasero abultado que ni mandado a esculpir, donde descansaba el peso del revólver pendiente de una faja con remachería antigua. —¡Carajo Juanita Olmos, pareces muy echada pa' lante, y además eres una muchacha muy bonita!, exclamó el capitán con verdadera admiración mientras la detallaba con la mirada de pies a cabeza —Favor que me hace capitán, res-





pondió al tiempo que desplegaba la pulpa roja de sus labios, mostrándole la albura de sus dientes.

Que ganas tuvo de torcerle el pescuezo como a una gallina "piroca". En tres zancadas salvó la distancia que la separaba de su hombre y la intrusa, se la quedó viendo con rabia, sintiendo un desafío de fiera herida. Pero la fulana parecía ignorar por completo su presencia y dejó que la risa se le regara por entre los dientes poniendo más empeño en su coquetería descarada.

¡Maldita sea la mirada de esa pava, era una mirada capaz de turbar al macho más bragao. Los hombres que estaban aperando las bestias se arracimaron alrededor para observarla, con el deseo hecho carne. La maldita, que no era ninguna pendeja, de inmediato puso en claro que ella no era hueso para ningún perro sarnoso. —Capitán, aclaró, yo vengo a ponerme a sus ordenes, pero no para que me mande a la cocina. Y quiero que de una vez por todas sepa esta partida de güevones, que conmigo no van a calmar las ganas de mujer que tienen retrasada. ¡Yo soy Juanita Olmos y onde' pongo el ojo pongo la bala!—Ante la arrogancia de la muchacha, los hombres reventaron en carcajadas burlonas.

Juanita montó en cólera y arremetió contra el primero que tuvo al alcance de su mano, estrellándole un puñetazo en la dientamenta pelada. El agredido levantó su mano para castigarle la osadía, pero el capitán lo detuvo —Déjala quieta, es una muchacha con mucho temple. —¡Y también es una "caricara" la hijueputa!, refutó el hombre limpiándose la sangre de los labios.

Entonces, haciéndose la que se percataba de su presencia, tendió la mano diciendo —¿Con quién tengo el gusto? —Eso mismo quisiera saber, porque usted doña fulanita Olmos, a simple vista no es más que una pava ofrecida. Sin embargo la muy... no pareció darle importancia a sus palabras ni a que la dejara con la mano tendida.Pero ella no la iba a dejar con la soga en los cachos, la agarró por los hombros, gritándole: —A mí no puede pegarme y quedarse tan foronda como lo hizo con ese hombre, porque estamos de igual a igual. La Juanita respondió con virulencia y en un instante estuvimos hechas un nudo rodando por el suelo —Desaparten a esas mujeres, gritó el capitán.

Fueron sujetadas y sometidas por dos hombres. Cada una era como gata brava luchando por mandarle el zarpazo a la otra. —No quiero pleitos de viejas aquí, se me van





para la cocina hasta nueva orden. Aquí solo hay una solución, mi capitán; se va esta pava desgraciada, o me voy yo! La Juanita también reviró. —Yo no soy mujer de cocina, capitán Guadalupe. Yo soy mujer con suficiente carácter pa' encabezar un grupo guerrillero. —Pues aquí no hay mando para mujeres, Juanita Olmos y sin chistar espere en la cocina mientras veo que hago con ustedes dos. Luego de aquel altercado, decidió mandarlas juntas a Guafal Florido.

En cuanto se marchó el capitán, ambas montaron en sus caballos cogiendo camino; ella adelante y Juanita Olmos detrás. Veinte leguas de silencios, ni una palabra se cruzaron, ni siquiera para maldecirnos. Unicamente se escuchaba el forrear de las bestias con su trote tendido y las ráfagas vibrantes del viento con sus cánticos de duendes del pasado; aquel pasado que le gustaba recordar, porque en él se había hecho mujer, había temblado de amor en los brazos del hombre amado. Un gemido se le escapó, las lágrimas pugnaron por salir, pero las metio tras los ojos para sumergirlas en una mirada violenta contra aquella mujer, con quien ya tenía una guerra declarada.

Allá en la distancia comenzaba a divisarse Guafal Florido, entre un islote de árboles en medio de la sabana. A lo

largo del camino iban quedando hileras de campesinos parados, como estantillos de cerca, con sus miradas repletas de silencios. Miraban sin ver como si estuvieran cansados de viajar por caminos sin memorias, por misteriosas veredas donde el tiempo se pierde en su propio olvido.

Con los últimos respiros de la tarde, nos detuvimos frente a Guafal Florido. —Yo no entro ahí, chilló Juanita Olmos volteando grupas, aterrorizada ante el espectro del rancho y huyó en veloz carrera.

El rancho era un espectro semejante a una calavera gigantesca, aprisionada por una cúpula de telas de arañas. Parecía que todas las arañas del Llano se hubieran congregado allí para formar su más grande fortaleza. Unos hebrazos de sol se clavaban en el rancho y unos harapos de viento movían las hojas muertas de los árboles. ¡Qué sola se sentió, tan sola como un grito en el desierto!, pero no podía dejarse vencer ni por la soledad, ni por el miedo, ni por aquél espectro de su rancho.

Fustiguó el caballo. Este se encabritó y pegó un relincho pavoroso. Y como la centaura que era, su cuerpo se unió al de la bestia y entre ambos rompieron la gruesa





tela de arañas que envolvía la ruinosa vivienda. Cuando traspasaron aquella red adhesiva, un calofrío le recorrió el cuerpo, sintio cómo el misterio plegaba sus alas en un vuelo lánguido y pesado; se levantaron miles de ruidos sin sonido, voces sin eco que corrían con zancadas largas para ir al encuentro de las sombras, las sombras que venían hablando un lenguaje equilibrado de cosas ignoradas que sólo la existencia del rancho comprendía; y el espectro desapareció.

El rancho quedó tan limpio, tan nuevo como el día que lo terminaron de construir. En la caballeriza mecíase el chinchorro, alegre con la brisa sabanera. La luna retoñaba grávida como empeñada en parir un sol.

Silenia penetró en la barrera del tiempo, en el aliento del pasado, en las horas viejas que se tornaron gordas y arrugadas; y todo aquello que la había estado esperando salió a su encuentro con quejas de niño huérfano: sus anhelos que andaban tras los pasos fugitivos del silencio, sus sueños que se habían refugiado en las sombras temblorosas de la noche, sus besos que volaban como mariposas locas, el vivir agitado de aquellas noches de sexo que se mecían al vaivén del chinchorro mientras allá en el cielo los luceros continuaban en sus mismos lugares.

En el caballete del rancho, el gallo pasionero consentía las ponedoras con un churriiii... ...churrriiii... El jardincito lucía espléndido y la mata de resedad, colmada de flores, aromatizaba la mocedad de la noche; del palo de pomarroso diríase que jamás hubiera sufrido una invasión parasitaria; todo estaba tan nuevo, tan fragante, que hacia pensar que jamás los años pasaron por allí.

Era tan increíble lo que estaba sucediendo que Silenia Monteblanco se dejó caer entre el chinchorro y cuál no sería su sorpresa ¡el chinchorro olía al capitán!, olía tan fuerte como si apenas acabara de levantarse. Aspiró con deleite aquel olor, lo aspiró despacio cerrando los ojos como se aspira el perfume de una flor, llenándose el alma y el corazón hasta quedar dopada, dueña de los recuerdos, de la soledad, del misterio que la rodeaba.

Por las regiones de la sabana cantaban los guarracucos de la noche y junto con su canto, algo sorprendente comenzó a escucharse: era una voz, una voz que iba siendo más audible, más elocuente, que la hizo trasladarse con el pensamiento a la casa paterna de su adolescencia.





*" Hay una brújula que es nuestro corazón,*
*hay algo profundo que es la intuición,*
*aquella intuición de nuestras madres*
*superior a la sabiduría.*
*Aquel sentir que el pueblo tiene,*
*aquella sabiduría que no es esquema geométrico*
*sino turbulencia de la biología,*
*grito del alma, fuego de la especie,*
*creación del ritmo que nos dice,*
*dónde está el mañana*
*y qué debemos abominar del hoy..."*

La voz se fue apagando, se fue perdiendo por el Llano infinito. Aquella voz le era tan conocida, tan llena de recuerdos de su casa paterna en las orillas del río Pauto... Su padre, un convencido gaitanista que jamás se perdió un discurso del doctor Jorge Eliécer Gaitán, repetía con frecuencia fragmentos de los discursos suyos:

*"Porque nosotros*
*queremos ser cerebros,*
*sí, pero cerebros iluminados,*
*ardidos por el fuego de nuestros*
corazones".

Aún le parecía estar oyendo la risa de su padre diciendo ¡Claro que ese hombre tiene un cerebro iluminado!

En la pared más limpia de la sala paterna señoreaba la fotografía del caudillo, con aquella pose gallarda y el aura que lo caracterizaba como el hombre sabio de ideas avanzadas, como la única esperanza del partido liberal en Colombia. Y fue precisamente por aquella fotografía que los chulavitas asesinaron cruelmente a sus progenitores, les sacaron los ojos, luego los encerraron y prendieron fuego a la vivienda por los cuatro costados. Y si ella se salvó fue porque aquel día había salido de cacería con un peón. Cuando regresó no encontró de sus padres sino los cuerpos achicharrados y de su hogar los escombros carbonizados. En compañía del peón les dio reposo bajo la madre tierra y se echó a huir por los montes, hasta el momento en que su capitán la sorprendió bañándose en el río Cravo.

En las noches ingrimas de sus desvelos, los ruidos forman un mundo inquietante que se aglomera a su alrededor; pero hay en especial uno que ha estado esperando, mas ese no se manifiesta; mientras tanto, se desespera deshojando los otros que con el paso de las horas se van convirtiendo en espantosa monotonía. A cada instante se pregunta ¿Por





qué no se presenta ese ruido anhelado? Ese de cascos veloces desflorando las distancias para llegar a su ranchcho.

En el colmo del desvarío, Silenia Monteblanco besa y besa el tejido del mugriento chinchorro de donde emana aquel olor que le despierta los sentidos. Grita maldiciendo para abrir un hueco en el silencio de ese mundo de sonnidos extraños que la tiene prisionera. —¡Maldita sea! ¡Cómmo se me calienta la piel de tanto amor contenido! ¡Cómo no me hace falta esa parte mía que dejé abandonada en las orrillas del río Cravo! ¡Cómo me duele la penetración de e esta maldita soledad con su sexo inagotable y mortal!

Por los lados del Tumagua, el río Ariporo hacia ia los territorios del Meta, canta seguidamente el alcaraván rayaraya-do para indicarle el camino hacia la guerra a los llaneneros que se han quedado rezagados. Ese camino trillado por pr las huellas de los hombres valientes, que luchan para contntra-restar el nuevo régimen de terror que se ha desatado sobsobre la pacífica llanura colombiana. De pronto se truncan ln las divagaciones de la solitaria mujer. Un tronar de cascscos comienza a perturbar el sueño del camino real, el sueueño del grillo, de la cuatronarices, del buho que amojonado so so-bre el comején espera a la ranita paseadora, para alimentntar a sus pichones de ojos grandes y rompetinieblas.

El corazón de Silenia quiere salirse del pecho; salta del chinchorro, se acomoda el camisón, con los dedos de ambas manos peina rápidamente la cabellera en desorden y se pellizca las mejillas para ponerles color. —¡Viene Mi Capitán! exclama abandonando la caballeriza inundada de luna por entre los zancos desnudos. Se detiene en el paradero y localiza a un par de jinetes que vienen avanzando en dirección al rancho.

Momentos después ya están frenando sus bestias frente a ella. Uno de los jinetes monta un hermoso caballo blanco, trae cubierto el rostro por el ala ancha de su sombrero, luce el clásico bayetón llanero de dos faces, calza botas altas y espuelas de plata. Saluda —Buenas noches. El otro cabalga un bruto de color amarillo, viste como guerrero de la historia patria y sostiene sobre las piernas una enmohecida lanza antigua. —Buenas, responde Silenia apenas con un susurro, tanto por la decepción de que no fuese su Capitán quien llegaba, como por el desconcierto que le causa la presencia de aquellos dos personajes con tan extrañas indumentarias y su prototipo diferente a las gentes de la región.

—Esta es mi adorada loca, dice el del caballo blanco, haciendo una presentación de su acompañante. Nunca he





podido separarme de ella, es muy valiente y la quiero tanto... y si viene vestida como guerrero, es que lo hace con frecuencia desde que participó en las batallas de Junín y Ayacucho.

...¡¿Manuela Sáenz?! ¿La mujer que amó el libertador? ¿La amante patriota que surgió en los avatares de la guerra henchida de amor por el héroe? ¿Acaso estaba en presencia del general Bolívar? ¡Oh, también ella era la amante de un héroe llanero! También ella, al igual que Manuelita sabía lo que se siente ante las victorias y ante las derrotas; y al igual que ella sabía de la grande dicha que se experimenta al ser la favorita de un héroe.

Fue tanta la emoción que la embargó, que las palabras huyeron de su boca y se le aglomeraron en los ojos. El libertador pareció escuchar todas aquellas preguntas carentes de palabras. —Así es, buena mujer, voy a responderte todas esas interrogaciones. Mi loca adorada, como la llamo, es mi compañera inseparable y yo soy el hombre que aparece en los cuadernillos de historia patria, aquel a quien llaman el gran libertador, a quien los niños en la escuela miran con pose marcial y arranques patrióticos. Ahora

te preguntas ¿Qué ando haciendo en estas tierras? Pues bien, por estos llanos pasé como un huracán devastando al enemigo.

Aquí concebí los más ardientes anhelos de gloria y de aquí salieron mis más bravos lanceros: Juan José Rondón, el negro Nonato Pérez y tantos otros, que con solo cuatro de ellos se derrotaba un contingente español. En estas soledades tan ardientes como los soles del mediodía, dejé vagar mis sueños que volaron como libélulas en busca de luz. Aquí se fortaleció mi espíritu, aunque mi cuerpo decaía por la insalubridad del medio y las inclemencias del tiempo. —Se echó por encima de los hombros las puntas del bayetón y continuó —Aquí reafirmé el juramento que hice un día en el Monte Sacro en mis años de juventud: "Juré por el Dios de mis padres, por mi honor, por la patria, que jamás descansaría mi alma hasta romper las cadenas que nos oprimían". Pero, ¡maldita sea! ¿A dónde fue a parar toda esa lucha sangrienta por libertar estos pueblos? Todavía con mis últimos hálitos de vida y con el corazón en la mano, propuse: "Colombianos, mis últimos votos por la felicidad de la patria son, que si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro" ¡Qué unión, qué sepulcro, qué





carajo...! Todo fue en vano, porque nada de esto pudo salvar al país de la anarquía en que se debate en este momento.

Se había alterado tanto con su parlamento que Manuelita acercó su bestia a la de él, tomó una de sus manos y la besó con delicioso encanto —No te angusties, Mi Señor, suplicó con un pedazo de voz que sonó como el aleteo de una mariposa. No te apenes Mi General, Mi Héroe. Ahora su voz tenía ternura, tenía firmeza, consuelo y realidad. —Mi señor, siempre habrá libertadores porque siempre habrá opresores; lo tuyo fue incomparable. —!Ay mi adorable loca, el remedio parece más doloroso que la enfermedad y no me queda otra cosa que añadir lo que dije cierta vez: " Los tres grandes majaderos de la historia hemos sido, Jesucristo, Don Quijote y Yo"... sigamos Manuela, sigamos nuestro camino. Se despidió con un adiós que no sonó.

Silenia se quedó sembrada en el paradero, viendo cómo la sabana con sus ilimitadas distancias, los iba devorando. —¡Oh Dios!, está visto que Guafal Florido es un lugar visionario donde lo más increíble puede suceder.

Sobrevino un silencio muy pesado, muy profundo, en el cual Silenia creyó perecer —¡Ay, Maestro-brujo!, imploró. No me dejes, ampárame maestro-brujo. La imagen del viejo payé se estampó en su cerebro y ella pudo escuchar con los oídos del alma aquellas últimas revelaciones del sabio indígena, cuando a orillas del río Cravo practicó el ritual para enseñarla a desdoblarse. La acostó en un mágico altar, tendida sobre los aderezos necesarios para la ceremonia donde recibiría el primer rayo de sol de aquella deslumbrante mañana. Y el rayo de sol cayó justo sobre su pecho desnudo. Entonces el viejo payé le ordenó. —Mujer, sube por ese rayo de sol y ve en busca de tu amado, viaja por él hasta que llegues más allá, donde la palabra sobra pero es tan elocuente que te asombrará, y llegarás más allá, donde la bruma se convierte en luz, y aunque esa luz no tiene sus siete colores, es más resplandeciente que la que hasta ahora has visto; y viajarás mucho más allá, donde no existe la noche, donde el corazón no tiene ritmo, pero el amor sigue siendo amor.





## *JINETES DE NOCHES CLARAS*

—¡Qué noches tan claritas las que están retoñando en esos días! Comentó el capitán frenando la bestia para dirigise a sus compañeros. Muchachos, ¿qué les parece si hacemos un alto aquí? Este lapo de luna es tan bravo que puede jodernos como a un animal herido. —Tiene razón capitán, estuvo de acuerdo el teniente Hoyos.

Las noches se están presentando tan claras, tan brillantes, que el relente lunar deslumbra el ojo humano y al parecer el de los animales también, porque la caballada tenía los ojos alumbrados. Como otras veces buscaron la sombra de una mata sabanera, para escapar de los rigores solares, ahora se protegían de aquella luz plateada y cegante, bajo los mangales de Chavinave. La sabana era como un espejo, donde las cosas podían verse a grandes distancias como acercadas por un catalejo.

Todos se acomodaron sentados en el suelo alrededor del jefe, bajo el sombrío acogedor de los centenarios árboles, esos árboles que han sido testigos de la carrera sin reposo del río Cusiana, testigos de tantos sucesos y testigos de la formación de Esteban Lara, el rudo llanero de mu-

chas faenas vaqueras, amansador de potros indómitos y de toros guapos. Contaban que en los trabajos de llano, este casanareño se trepaba en los troncos del corral y desde allí les saltaba a los cuadrúpedos con la cara hacia el trasero de éstos, los pescaba del rabo y los jineteaba ante la algarabía de las peonadas. Nunca un toro, por fiero que fuera, pudo quitárselo de los lomos; jamás Esteban Lara mordió el polvo de una majada por más que repitió esta proeza. Su fama, que se regó por todas partes llegó hasta la capital en los tiempos del General Reyes, quien le cursó invitación para que fuera a demostrar su veteranía en el circo de toros de Bogotá. Y allá, el negro Esteban Lara se lució como ningún otro llanero.

El jefe guerrillero pareció regresar de los tiempos de Esteban Lara y del recuerdo de su padre que le vino a la memoria ante el nombre de este llanero; pues el viejo Antonio Salcedo solía gritar, cuando se entusiasmaba ante un llanero que tumbaba limpiamente un toro, —¡Esa carajo!, así los tumbaba el negro Esteban Lara en el hato de Chavinave...

Sin que se dieran cuenta, se había alargado un buen silencio en el cual cada quien recogía un pedazo de recuerdo que alguna vez dejara tirado por allí.





—Aquí, bajo este mismo palo´e mango, dijo el capitán recargando el cuerpo contra el tronco, aquí me quedé ardiendo de fiebre y con el cuerpo floreado de viruelas mientras mis hombres le descontaban al gobierno chulavita noventa y seis uniformes, allá en Cháviva al otro lado del Meta.

Luego se enderezó para preguntar algo que hacía tiempo deseaba saber. —Teniente Hoyos cuénteme ¿cómo fue que se extravió de su grupo en aquella ocasión? El mencionado teniente puso sobre sus piernas el fusil, apoyó ambas manos en el suelo, por detrás de las caderas para descargarles el peso del cuerpo echándolo hacia atrás. —La cuestión, capitán, es que no he podido explicarme cómo sucedió. Recuerdo que venía el convoy militar. Venía de arrasar a los pobres campesinos liberales que habitaban esa ribera del Meta. Tras las huellas de los cinco carros repletos de soldados, iban quedando las filas de humo de los ranchos incendiados y el llanto de los masacrados.

—¡Caigámosle a esos gran carajos! propusieron los muchachos llenos de rabia. —Yo dudé, porque usted me había encomendado otra misión; además, ellos nos triplicaban en número y armas modernas, nosotros apenas contábamos con el F.A. que cogimos en el ataque de

Orocué. Mientras dudé un minuto, el loco Marcelino, quien cargaba el F.A. y no se cambiaba por nadie, corrió a situarse al frente de la hondonada por donde tendría que subir el convoy militar. Allí se camufló tras un matojito y, echado de barriga, esperó comiendo ansias a que apareciera el enemigo para demostrar lo que había aprendido en los últimos tiempos. Yo di ordenes a mis hombres que se regaran a lo largo de la pestaña de monte que daba al río. Los muchachos se desplazaron calculando una buena distancia entre ellos. No tuvimos que esperar mucho para que entraran los primeros carros en la hondonada de la carretera. Y ahí fue donde el loco Marcelino le destapó la garganta a su animal. Nosotros apuramos el plomeo y en un santiamén teníamos las botas del comandante militar y las de sus soldados a nuestra completa disposición. Corrimos de inmediato a recoger las armas enemigas para fortalecer las nuestras, antes que llegaran los demás.

Estando en esto, sin darme cuenta como sucedió, me encontré únicamente con "El Burrito" y "Kiloegüeso". Los demás compañeros desaparecieron como por arte de magia. Francamente no tuvimos tiempo ni para pensar, porque de inmediato nos cayó en gavilla una soldadesca encima, que de no haber sido porque nosotros conocíamos bien





el terreno y les jugamos carambolas a lo loco, este era el momento que no la estuviéramos contando. De allí en adelante no hemos hecho otra cosa que vivir sacándole lances al enemigo. Menos mal que al fin nos volvemos a reunir con usted, capitán. —¡Alguien viene hacia acá!, advierte "Matamoros" quien monta guardia mientras los otros descansan.

Un jinete rompe las distancias a campo traviesa, y tras este, otro puñado de jinetes parecen perseguirlo con empeño. Se ponen en guardia y esperan. El individuo que al parecer huye de sus perseguidores, se da cuenta de la presencia de ellos, frena la bestia violentamente, tuerce la rienda y escapa con un rezongo furioso. —Todos estos lugares están infectados de la maldita "chusma".

Un momento después también se detienen los jinetes. —¡Alto ¿quién vive?, dice el capitán. —Gente del hato "Veladero", responden guardando la distancia. Luego explican: —Vamos tras el viejo Chaparro a cobrarle lo que nos hizo. —Pues aprieten el paso muchachos, que ya lo llevan de un tiro. Por aquí acabó de pasar... —Entonces, como dice usted capitán Guadalupe.. "a lo que vinimos, vamos..." Los jinetes vengadores parten resquebrajando la

pampa. El capitán comenta divertido: —Por ese sinvergüenza no tenemos que preocuparnos, lo que es, esa chorrera de peones que lleva atrás, no descansaran hasta darle "mataguaro".

—Malditos piones patarrajada, renegó el hacendado obligando su bestia a correr más de lo que podía. Pero no me arrepiento de haberlos amarrado a la pata de los palos como a animales dañinos, nunca me arrepentiré de haberlos mandado a masacrar con mis copartidarios. Esos desgraciados me la pensaban hacer, pero a mí no me sale adelante sino el resuello... Y mientras azotaba al bruto para que remara a toda velocidad, recordó los acontecimientos.

Por aquellos días descubrió sospechas y secretos entre la peonada. Desde ese momento no les quitó el ojo de encima. ¡Ja!, él fue peón de hato y uno de los más aduladores, lo que le valió para conseguir una buena fortuna. Por eso la malicia le bailaba, porque estaba penetrado de ese ambiente; sabía la comprensión que nace entre los llaneros de un hato cuando esconden algo. Les da por hablar demasiado en preocupación de los bienes de la hacienda, hacen cuanto pueden por mantener al dueño distraído, pero el ataque de sus ojos los traiciona cuando dirigen la mirada hacia el lugar que los inquieta.





Fue así como los descubrió. Los malditos andaban alistándose para unirse a los "chusmeros". Así que él les madrugó, corrió hasta el pueblo a llamar a la gente del Gobierno, de la cual tenía amplio respaldo como buen conservador que era y ellos no dejaron bicho con pluma que siguiera cacaraquiando por allí.

Los jinetes vengadores regresaron. —¡Se nos escapó el viejo Chaparro! regresemos a "Veladero" que de seguro el tigre volvió a sus comederos. Voltean grupas a los caballos y enfilan hacia las propiedades del perseguido, por las que un día cabalgaron arrebañando las madrinas de ganado. Corrieron como un huracán desandando leguas y más leguas hasta divisar el hato. —¡Alto!— dice un viejo vaquero llamado Jacinto. Luego propone —Vamos a darle cacería a ese muérgano igual que a un tigre encuevado; pero iré yo solo para que no se espante el bicho. —Está bien, concedieron los compañeros; y se ocultan en un morichalito que les brinda abrigo en el bajo de la sabana. El vaquero avanza estratégicamente con el fusil adelante como si con el cañón fuese cortando las altas macollas de paja.

Los peones siguen al compañero con la mirada mientras éste avanza, a saltos y a carreras cortas. Alguien son-

dea. —¿Será que el Jacinto podrá darle cacería al viejo?— Desde que lo coja entre la casa, lo asegura porque lo asegura— responde un joven que ha estado varios años al lado del vaquero como su compañero en los trabajos de llano.

Guardan silencio hasta que el viejo vaquero parece haber sido engullido por la sabana. Entonces rompe el silencio un muchacho que ha vivido resentido contra los terratenientes lugareños, quienes a su antojo disponen de las muchachitas campesinas como si fuesen pollitas de sus patios gallineros y cuya hermanita se cuenta entre las víctimas. —A mí siempre me han reventado las bribonadas y abusos de los dueños de hato. Se pasean como chivos celosos repasando las camadas de pollitas, criadas especialmente para ellos, con la complicidad de los mayordomos, que recorren de un lado a otro revisando las nidadas para espantar cualquier gavilancito que vuele cerca. Y ni las gallinas viejas se les escapan cuando todavía tienen un poquito de lustre... Los demás celebran la metáfora que es completada por otro peón espuelón. ¡Ja ja ja! —Eso no es nada, chico. Después viene el chorro de sutes regados por todos esos conuquitos, que da lastima... Y es ahí donde los malditos taimados representan su gran obra social. Recogen la sutamenta dizque por caridad, los crían pata al suelo





y a punta de garrote, dizque para enseñarles a trabajar. La gente comenta —Miren a don fulano, que buen corazón el suyo, vean cuantos sutes ha recogido, quiera Dios que sean agradecidos y le paguen bien la crianza. ¡¿Cómo es posible que a estos desgraciados no les remuerda la conciencia?! Si esos chiquitos que comienzan a explotar, son sangre de su sangre y carne de su maldita carne.

Después toma el turno un vaquero que ha entregado sus mejores treinta años al servicio de un hacendado y expone su parecer. —Todas las fuerzas del pobre campesino se convierten en bienes para el rico.

¿Qué les importa la suerte del pobre si sus arcas cada día crecen? ¿Qué les importa que nosotros nos alimentemos de puras esperanzas? ¿Qué les importa que los duros trabajos en favor de ellos nos arruguen la cara y el cuerpo? ¿Qué les importa que vivamos dando vuelta en la rueda del presente y del futuro con un quizás, o un tal vez mañana consiga algo para pasar mis últimos años? ¿Qué puede importarles si al final, en su vejez, han conseguido una panza despótica que habla de tantas comidas buenas que el pobre campesino jamás se ha atrevido a soñar?

La luna comenzó a levantarse por encima del morichal cuando regresó Jacinto. Las preguntas salían disparadas y casi a un mismo golpe de voz. —¿Lo encontraste? El viejo rió satisfecho antes de responder. —¡Claro que lo encontré! —Y, ¿entonces? Jacinto volvió a responder después de una risita pícara y de pasarse el dedo por el cuello —¿Qué creían que iba a pasar compañeros? "mataguaro no es guabina". Lo encontré sentado en el mesón de la cocina, tragándose un platao´e comida, chasqueando como un marrano y usando los cinco de la diestra por tenedor: tenía las piernas abiertas y la bragueta desabrochada porque se acababa de "pegar" a la cocinera y con la boca llena de comida repetía y repetía —Sabroso Maruja... sabroso, mujer— Todos rieron, la deuda había quedado saldada. Después se miraronn unos a otros, como si se pusieran de acuerdo para hacerse la misma pregunta, ¿Ahora qué hacemos? Jacinto responde de inmediato —Vamonos para las filas guadalupanas...





## *NONATO PEREZ*

Apareció sorpresivamente, con lanza en ristre, como si fuera a disparársela a los ojos. El capitán echó mano del revólver, pero el hombrón lo desarmó con una sonrisa de labios gruesos y tan ancha como el Llano mismo. El extraño aparecido descansó el brazo armado y se quedó viendo la lanza, modelándola con su brazo izquierdo y volvió a sonreír para presentarla al capitán con la finura con que se presenta una mujer bonita —¿Linda verdad?.

Esta es mi María Mercedes, mi compañera inseparable, la dueña de mi vida, porque cuando ella me falle, ¡adiós luz que te apagaste! Era una lanza fuera de lo normal, la hoja acerada ancha y larga se enmachaba en un palo de albarico fuerte y liso, fijada la hoja al asta por unas correas de cuero crudo de res y otra correa que la sujetaba a su brazo, para que cuando diera en el blanco retornara a las manos de su dueño mediante un jalonazo. —¿Qué le parece? Indagó sonriendo. Y sin darle tiempo a su interlocutor a responder, interrogó de nuevo ¿Cómo le parece la María Mercedes de Nonato Pérez? Guadalupe se movió inquieto sobre la montura para preguntarle. —¿Acaso us-

ted no está muerto? —¡No hombre, que voy a estar muerto! Lo que pasó es que he vivido un buen tiempo aturdido por un porrazo que me zampó el diablo.

—La verdad es que no puedo entender nada de lo que me está diciendo —Mire, negro Guada, así tengo entendido que lo llaman cariñosamente sus amigos; a mi también el Libertador me llama afectuosamente "el negro mayor". El capitán estaba intrigado ante el hombre que se le presentó tan sorpresivamente en la sabana. —Bueno, "Negro Mayor", como dice que lo llama el Libertador, sigo sin entender eso de que el diablo le zampó un porrazo y lo dejó aturdido. —Así es negro Guada,— respondió festivo: no se afane que para allá voy.

El corpulento llanero toma una pose cómoda sobre el lomo de la bestia y se dispone a relatar. —Resulta que don Francisco Angarita le regaló dos potros al general Bolívar; uno de color zaíno y otro negro retinto al que llamaban "El Diablo" porque era indomable y por su pelaje negro como el azabache. Es el mismo que en este momento está frente a sus ojos. El capitán, desde que el lancero se presentó, quedó maravillado de la bestia, pero la sorpresa de hombre y caballo, la imagen del centauro histórico no le dio tiem-





po a detallarlo, frente a la emoción que lo embargaba causada por la voz y la sonrisa del patriota en este entrecruce de tiempo. —Bueno, continuó el lancero, digo que el potro era indomable porque yo he vivido para amansarlo y lo he conseguido.

—En aquella ocasión yo me empeñé en domarlo para congraciarme con el Libertador, que por cierto hace poco pasó por estas tierras en compañía de Manuelita. Por eso yo ando también por aquí, siguiéndole el rastro para hacerle compañía, para demostrarle que jamás lo he traicionado, como toda aquella recua de capitanes y coroneles que lo rodearon y lo abandonaron cuando más los necesitaba. Pero esto no viene al caso, mejor sigamos con lo que venía diciéndole. Le decía que quise congraciarme con el general Bolívar amansándole al "Diablo", pero quiero aclarar que no lo hacía por lambonería, sino porque sentí pena por este gran hombre después que estuvimos hablando toda una noche, después que me contó lo dolido que estaba por tantas traiciones e ingratitudes.

Pues bien, para entonces "El Diablo" era un potro que jamás había sentido la silla sobre sus lomos y yo era un brioso mocetón casanareño de los que sus únicos cumplíos

en los llanos fueron los corcoveos de los potros cerreros. Después de mucha briega para aperar al animal, "El Diablo" era un infierno de rabia y nervios, era el demonio representado en caballo, cada músculo suyo parecía estallar, parecía querer romperle la piel para volar libremente hacia las regiones de su origen. Una vez aperado lo monté y le zampé un chaparrazo por el anca izquierda, porque yo soy zurdo, y se disparó como un tornado en corcoveos cruzados para derribarme, pero en viendo que no lo conseguía se la jugó todas: o lo tumbo, se dijo, o los dos nos vamos juntos al infierno. Y sin que ninguna rienda lo pudiera frenar, aunque la cabeza le quedara completamente volteada hacia atrás, recuerdo que lo último que vi fueron sus ojos como un par de cuarzos rompiendo el bloque sólido de las tinieblas de su cuerpo.

"El Diablo" maldito le embistió a un corral hecho con troncos de flor amarillo y allí fue a estrellarse conmigo sobre sus lomos. Es por esto que le dije que "El Diablo" me zampó un porrazo que me dejó aturdido; pero aquí estoy de nuevo siguiéndole el rastro al general para ver que hay que hacer, para volver a lustrar a mi María Mercedes.





Terminado su breve relato, sin darle tiempo al capitán a pronunciar una sola sílaba, azotó al "Diablo", el animal se encabritó y levantó los remos delanteros como si pusiera su querella al cielo, pegó un terrible relincho y se lanzó en veloz carrera. —¡Adiós, compañero Guada!, se le escuchó decir entre la brisa despedazada por el veloz cuerpo del "Diablo".

- ¡Coño! ¿Qué vaina es ésta? dijo el capitán descubriéndose la cabeza reverentemente mientras seguía con la mirada la figura del guerrero perdiéndose en la distancia.

Luego aconteció aquel ataque sorpresivo, aquella emboscada de los guerrilleros llaneros; desde entonces estaban allí sin que pudieran calcular el tiempo transcurrido, era como si ese hubiera tomado la figura de un macho torpe sentándose sobre ellos, aplastándolos con su peso.

El indio llegó sigilosamente, se sentó en cualquier parte y en voz baja comunicó. —¡Están por llegar los Cimarrones del Farfan! —¿Qué cosa es esa, indio?, preguntó alguien. El indio respondió. —Son los guerrilleros guadalupanos. —¿Por qué les dices así?, quiso saber otro, con vivo interés. —Porque así llamaban mis antepasados a unos jinetes invencibles, que en los tiempos del cacique Aripapore, salían de las cuevas del cerro de san Maricote. Otro más pregunta atropelladamente. —¿Y qué relación tienen los guerrilleros guadalupanos con esos tales Cimarrones del Farfan? —Que estos también están haciendo lo mismo que hacían aquellos jinetes en los tiempos del cacique Aripapore. El indio no dijo una palabra más. Seguramente meditaba lejos, muy lejos en el tiempo y muy distante en leguas, quizás en las cuevas del cerro San Maricote de donde salían los cimarrones del Farfan. El murmullo fue pasando por entre la hombramenta de uniformes verdes hasta llegar difusamente a los oídos del superior. El





teniente preguntó a todo grito. —¡Sargento! ¿cual es el chismorreo que cargan estos cabrones? El sargento intentó levantarse y cuadrarse militarmente, pero no pudo moverse de donde había permanecido amojonado y sin llevarse siquiera la diestra a la frente, respondió con voz cavernosa . —¡Se quieren sublevar mi teniente! —¿Qué estas diciendo gran pendejo? —Que se quieren sublevar, mi Teniente, repitió al tiempo que lograba ponerse en pie con un sonido de máquina oxidada. —¿Y tu estás en la conspiración? - Yo no, mi Teniente. —¿Entonces qué esperas, gran vergajo? coge tu arma y vamos a darle un escarmiento a estos H.P. —Pero una voz que salió del montón de soldados, dejó en suspenso la mano armada del superior, advirtiendo: —¡Cuidado, Teniente! Aquí se acabaron las órdenes y las obediencias y, sino, que lo digan noventa y cuatro hombres armados contra dos. Lo dicho fue secundado por la acción, el silbido de una bala con su beso quemante le destrozo el pecho lleno de furia del comandante militar; pero aún así, manoteando el alma que se le escapaba, alcanzó a maldecir. —¡Malditos traidores, en el infierno los espero! Su grito se apagó con la segunda derrota entre los breñales de Cháviva y el Turpial.

Grande fue la sorpresa del capitán Guadalupe, al encontrarse con un pelotón de militares pidiendo participa-

ción en la causa guerrillera. —Bueno, muchachos, aquí no hay combate, le dijo a sus hombres. Por el contrario, hemos encontrado a unos hermanos que nos salieron a recibir dando las mejores muestras de sinceridad. Y, dirigiéndose a los soldados, les dio la bienvenida. Ahora más que nunca le vamos a demostrar a los que bajaron de los cerros a echarnos candela, que a candela los vamos a sacar con buen viento y buen sol. ¡Adelante mis Llaneros cuatriboliados!

¿Hacia dónde se dirigen los Cimarrones del Farfan? como los llamaba el indio Achagua, quien misteriosamente desapareció. Mientras el capitán Guadalupe decide su rumbo, por el oriente, norte, sur, este, suroeste, noroeste y todos los puntos cardinales que pueda haber, los grupos en armas se desplazan buscando el corazón del Llano. Los días y las noches se alimentan de los anhelos, angustias y el cansancio de los hombres. Hay veces que descargan sus fatigas de muchas leguas bajo la fronda húmeda de la orilla de un río. Y en la tolda arbórea hecha negra por la noche el peligro se presiente, un peligro que parece deslizarse entre la hojarasca. El oído se vuelve agudo, tanto, que los pasos afelpados de las patas peludas de un araña, tienen la resonancia de las pisadas de una bestia en acecho.





El cansancio amontona ese peligro presentido, lo mete dentro de la capotera que le sirve de cabecera y trata de trabajar el sueño que tanta falta le hace. Así amanece con azorados ronquidos, conteniendo el aliento entre los ruidos que exageran su tamaño. Al día siguiente, todo aquello lo repasa la mente, dándolo por hecho; porque todo lo que se siente en la oscuridad selvática, casi nunca logra verse. Hay noches que no alcanzan a terminarse cuando la lluvia se descuelga, con su danza de paso apretado con el viento, con sus cánticos de voces y acentos indefinidos; esto hace que cada quien se levante espantando su sueño malogrado y, entre rezongos, deciden ensillar los caballos para emprender la marcha por la llanura inundada.

Desde las cumbres parameras se dejan escurrir, Rechíniga abajo, Alto del Corral, Hoya de la Guerra, Alto del Candelo y el Nevado del Cocuy, una nube de chulavitas rumbo al Llano. Pero no bajan solos, pues aunque el frío del páramo puya los huesos y encoge los espíritus, Benjamín Alarcón y sus fusileros corren tras ellos echándoles plomo regado. -¡Son los hombres del gobierno!, hay que fastidiarlos para demorarles la marcha, hay que evitar que le caigan al viejo Jesús Bravo, que anda buscando a Minuto Colmenares. El barajuste de los primeros, descendiendo

con el tronar de botas, aplastando cascajos y resbalando en los peñones y el tropel de los guerrilleros persiguiéndolos, despierta a otros que han permanecido aletargados, inmersos en el tiempo. Se sacuden el polvo echando mano a sus armas rudimentarias a la vez que preguntan. ¿Contra quién hay que peliar? o ¿Con quién debemos sacarle lustre a nuestras lanzas? Alguien que viene corriendo, orienta. —Hay que combatir contra los chulavitas. —¿Qué cosa es esa? —Los gobiernistas, los represivos que están asolando el Llano. - Entonces contra esos que arrasan el Llano, afirman. Y floreciendo de entusiasmo, gritan ¡Que viva la libertad del hombre! —¡Que viva la Patria! ¡Que viva! pues enntoces cantemos cantemos la primera estrofa del Himno Nacional.

Y un gran coro se levanta desde las alturas descendiendo hacia el Llano.

*¡Hoy que la amada patria se halla herida!*
*¡Hoy que debemos todos combatir, combatir!*
*¡Vamos a dar por ella nuestras vidas,*
*que morir por la patria no es morir,*
*es vivir, es vivir!*





Por su parte la llanerada se está haciendo cruces ante el hervidero de gente extraña que está apareciendo. —¿Quienes serán los de las lanzas mohosas? —Vaya usted a saber, compadre. —Se ve que es gente antigua. —Sí, pero hay otros que visten uniformes pintados como tigre y portan unas armas veloces como relámpago. —Es verdad, compadre. Además se denominan "Gente Nueva de Ideas Avanzadas". —Si, compadre, y parecen simpatizar con nosotros. Aunque el otro día se reunieron con el negro Guada, y le dijeron que les parecía ridículo que se estuvieran peleando por colores políticos, que una revolución se hace por la ideología del pueblo.

A esto le respondió el capitán Guadalupe: —Puede que ustedes tengan razón, pero a nosotros no nos dieron tiempo de pensar en ideologías. Apenas si tuvimos el tiempo justo para echarle mano a una escopeta vieja, a un machete, a una lanza tigrera y hasta el chuzo de asar carne, para arremeterle a una runfla de chulavitas que se nos vino encima como una manada de váquiros salvajes. Una cosa es decirlo y otra es estar a campo abierto, con desigualdad de armas, con el pecho franco a las balas del enemigo pero con verraquera para arrebatarles los fusiles y voltearles la boquita hacia sus antiguos dueños. Y si pelear por los derechos de un pueblo atropellado y por defender la vida, es ridículo, ¿ A qué se le puede llamar ideología de un pueblo?

En Guafal Florido, Silenia Monteblanco, no soporta el abandono al que su amado capitán la ha sometido y decide marcharse, encabezando un grupo de mujeres que han sido maltratadas, ofendidas y escarnecidas, por la ola represiva. —No seremos unas heroínas, pero sí podremos cobrarle a los que nos deben, les dijo Silenia el día que llegaron a Guafal Florido. —Cada una de ellas tiene incrustado en el pecho un clavo al rojo vivo, por eso no les importan las largas travesías, ni los sueños sobre el colchón pesado de la noche, ni las vivencias de aquellas urbes solitarias, ni los romances continuos con la muerte. Solo les interesa encontrar a los malvados que un día cayeron sobre ellas como bestias enceladas y como bestias les destrozaron sus vientres vírgenes, como demonios celebraron con carcajadas los mentados "redoblones", dejándolas tiradas sobre las charcas inmundas de su semen.

Minuciosamente habían estado recorriendo la sabana en busca de armas que por una u otra razón sus dueños dejaron tiradas, ahora ellas las aprovechaban lo mismo que a los caballos que un día se fueron con la silla y sin jinete. —Saldremos al amanecer, muchachas; debemos esperar a que regrese la pobre Ambrosia. Ella prometió volver antes que ralle el día. Se empeña en recuperar el relicario de su





marido que quedó abandonado en el rancho, dice que le dará suerte. —Como ordene mi capitana. Dijo una mujer cuarentona refiriéndose a Silenia. A la madrugada llegó Ambrosia empuñando contra su pecho el relicario de José Prudencio.

—Lo encontré, Capitana, lo encontré. Estaba junto a donde cayó José Prudencio. Nunca supo por qué lo mataron. Recuerdo que apreté a mi hijito de un año escaso, lo apretaba contra el resquemón de una bala que me dio en el pecho; consolaba a mi hijo para que no llorara, le decía cosas bonitas que borraran el horror de sus ojos. Y así, se durmió saboreando mis palabras como si manaran de un pezón inagotable. El cielo y la tierra se envolvieron en un manto rojo para dormirse apaciblemente como si nada hubiera ocurrido. —No sé como describirlo. Bajo el alero del rancho, sobre unas tablas, coloqué a José Prudencio. Fabriqué un mecho de sebo para velarlo; estaba tan pálido, con esa palidez en los labios donde se apreciaba el beso ardoroso de la muerte con su aliento de terror. No se cuánto tiempo pasó, sólo se que lactaba a mi hijo hasta que las tetas me dolían porque no tenía leche, porque también a mi se me había agotado la vida.

—No llores Ambrosia, que la justicia de Dios tarda pero no olvida. Ahora mismo estamos reunidas para emprender la marcha tras aquellos que destruyeron nuestros hogares, que violentaron las tierras que siempre habían sido de paz.

Silenia escribe una nota que clava en un horcón de la caballeriza, en ella dice: "Aquí te he esperado, mi capitán, para hacerlo estuve destejiendo los instantes. Cada vez que muere un día emprendo nuevos viajes por los vértices de los crepúsculos, por ellos me asomo al marco impenetrable de la eternidad y te juro, amor mío, que me horrorizo. Entonces desfloro las palabras que un día te dije y con cada una de ellas cuento racimos de estrellas al filo de las noches en plenilunio, solo así consigo enmascarármele a la pena que me consume. Luego, cuando regreso a mi rancho, siempre lo hago por el sendero del ir y venir de la gente, pero nadie va a ninguna parte. Sin embargo escucho sus voces fundidas en la mudez de la sabana y me estremezco ante los gritos de los horizontes. También me enternezco con los llantos de los recuerdos, que se quedaron enredados en el dosel de los palmares. Y tiemblo cuando paso frente a la ruinas con sus bocas de carbón comiendo vientos, con sus almas hechas ceniza y, cuando ya nada





me queda, me acuesto en mi chinchorro para dormirme arrullada por los soliloquios del silencio. Así amor mío, dormida, muchas veces siento que soy un río de una sola orilla.

Silenia. Adios, "Guafal Florido"

# UN LUGAR LLAMADO TODOS LOS SANTOS

Los estafetas corren en diferentes direcciones. El mensaje vuela multiplicándose como bandada de garza hacia sus garceros. El capitán Guadalupe convoca a una reunión masiva en un lugar llamado Todos Los Santos. La convocatoria acelera las diligencias de las comisiones que buscan a los guerrilleros desaparecidos. Nadie ha podido saber de ellos, lo más probable es que estén refundidos en las cárceles del país o que los hayan asesinados secretamente.

Mientras los cascos correlones eliminan distancias, a medida que avanzan, un temor comienza a inquietarlos. Volver por los mismos parajes sobre los cuales pasaron saboreando una victoria o masticando una derrota. Era como desenroscar el tiempo dormido y si ese tiempo se levantaba enfurecido, podía silenciarlos para siempre. Pero ni los temores, ni los recuerdos disueltos en las lejanías, lograban hacerlos desistir de aquella guerra que ellos no comenzaron. En cambio, sí tenían razones suficientes para continuarla hasta derrotar a los invasores, a los que un día





bajaron de los grandes cerros, destruyendo lo más sagrado y bueno que puede mantener pacíficamente al hombre en cualquier lugar de la tierra: su familia y su hogar.

Desde el asesinato del «Caudillo de las Muchedumbres», del hombre que había sido capaz de ver con claridad la magnitud del problema que amenazaba a su pueblo, desde ese momento el liberalismo comenzó a pagar su cuota de sangre. La represión se desbandó como buitre insaciable, dejando al paso de sus aleteos mortales, desolados panoramas de cadáveres de hombres y pueblos.

Camino a Todos Los Santos van topándose con grupos y más grupos. Y es así como las preguntas se repiten, como el pan de cada día. —¡Epa cámaras! ¿De dónde vienen? —De la Gilera. Alguien, que seguramente encabeza el grupo, da una explicación rápida. —Andamos buscando al coronel Villamizar, ese maldito nos masacró sin ninguna justificación. Y lanza su amenaza contra el militar: —¡Ja ! pobre de ese cristiano si cae en nuestras manos. . . —Bueno pues, vayan con Dios. Y no se olviden de la reunión en Todos Los Santos. —Allá estaremos, capitán. —¿Y Uds., quienes son? —Somos los presos de Pore; hemos recorrido palmo a palmo cada rincón en busca de esos

gran carajos, que para divertirse nos sacaron de la cárcel, nos llevaron a un paseíto en avión y, cuando el aparato estaba bien encumbrado, nos lanzaron sin paracaídas... Por eso la gente nos llama los "zumbaos" de los aviones militares.

"Las heridas del cuerpo se sanan, pero el alma sigue ardiendo de rabias". Esto había dicho el viejo Salomón, el viejo Caro y otros viejos que encabezaban grupos de víctimas, creando su propia justicia. Y estos viejos dirigen a los del Vergel, a los del Arbolito, a los de la Susana y Sabanalarga. Es así que a lo largo de los caminos, a cada momento se trenzan en duros y temerarios choques con el enemigo, quienes también andan por su lado atacando y defendiéndose. Las batallas se dan tan rápidas como ráfagas de viento, al grito de cada bando animando a su gente. —¡Duro con esos patones chulavitas. Duro contra ese maldito sistema imperante! Y los contrarios rugen con las consignas impuestas por sus altos mandos: —¡Viva Cristo Rey! ¡A sangre y fuego hay que barrer a los cachiporros chusmeros! Después de estas embestidas, penetraban en unos grandiosos silencios, silencios que parecían bañarlos con una sustancia corrosiva que les desgarraba la carne; y al salir de ellos, muchas veces sintieron como si únicamente sus esqueletos anduvieran errantes por las sabanas, dando batallas ficticias.





Cierto día se encontraron con un personaje muy estimado por la gente de la región. El padre Alfonso, «el cura bandolero». Así lo llamaban los chulavitas, porque éste buen pastor jamás se puso del lado de la dictadura. Por el contrario, ante el escarnio y el crimen interpuso su cuerpo en medio de los fusiles gobiernistas y el pueblo indefenso de Puerto López, y sin ruegos, ni oraciones, gritaba encolerizado, —¡Primero mátenme a mí, primero disparen contra este hombre de la iglesia, asesinos de inocentes! ¡Disparen para que mis ojos no vean tanta ignominia, dirigida por los hombres que dicen representar el Estado! Esto disparó el sectarismo de las jerarquías eclesiásticas, donde el control de sacramentos contra los rebeldes se convirtió en una ley, y a los feligreses que no se acogían a ella, sólo se les mostraba un Cristo de espalda, un Cristo que no tenía una mirada de esperanza para ellos. —Padrecito, ¿para dónde va?, le preguntó el teniente «pegón», quien comandaba el grupo. Se descubrió la cabeza, al igual que sus hombres. El cura respondió con voz grave. —Voy hacia las regiones del Recreo en busca del cura de los «Revólveres Fátima». —Padrecito, ¿para qué quiere usted a ese cura?

—Para despertarle la consciencia y hacer que ella lo castigue con todo el peso de la Justicia Divina. Sin añadir más sobre la misión que llevaba, el cura seguido por unos cuantos fieles, se despidió con un rápido adiós.

Largo rato quedaron los guerrilleros siguiendo con la mirada la marcha del cura, hasta que sus anchas espaldas se fueron adelgazando con la distancia. Una cabeza que se cubre, otra que es rascada en forma pensativa y alguien rompe el silencio. —Me gustaría presenciar el encuentro de esos dos sotanudos. —A mí también, afirma otro. Es que ese cura del «Recreo» es una mierda con ojos. Un fiel, entre godo y liberal, refuta -Cámara ese calificativo es muy vulgar. —¿Y cuál otro podría dársele a ese cura? ¿Es que ya se le olvidó lo intrigante y politiquero que es?

—Vamos, continuemos nuestro camino, ordenó el teniente «Pegón». Y aunque él se guardó sus comentarios, los demás continuaron hablando del asunto, pues el cura del «Recreo» se gastaba su famita de jodido. Y así lo dibujó un viejo del que nadie dudaba de su palabra. —Lo que les voy a contar, nadie me lo dijo. Lo sé porque fui testigo de los acontecimientos. Ese fulano cura, de puertas de la iglesia para adentro trabajaba bastante, ya que desde el





púlpito, que era su campo de batalla, amedrentaba a los campesinos, a quienes como corderitos llevaba al confesionario para que firmaran su sentencia de muerte: porque más duraban ellos en contar que eran liberales, que el cura en ir ponerles sus nombres en las listas negras. A aquel que no se confesaba, lo excomulgaba. De puertas para fuera de la iglesia, la cosa era terrible: mandaba la sotana a un rincón y, vistiendo uniforme militar, bien armado, encabezaba los grupos de godos sectarios de la región para ir a hacer las mentadas 'limpiezas' de liberales. Pero eso no era todo.

El cura era sagaz y a menudo usaba la investidura de sacerdote para pasar inadvertido ante los guerrilleros. A cada rato se le veía recorrer los caminos entre pueblo y pueblo, haciendo peregrinaciones con la virgen de Fátima, dizque en virtud de la paz. Pero ésto eran puros embustes, el sotanudo llevaba la Virgen rellena de revólveres Smith & Wesson y abundantes municiones para abastecer a la Chulavitada. Así lo hizo durante un tiempo, hasta que la pobre Fátima reventó un día ante los ojos aterrados de la gente de un pueblecito. Los Bautista ordenaron a su gente que lo «pelaran», pero los guerrilleros se mostraron remolones por aquello del agüero de que "quien mata a un cura, le cae la desgracia."

Llanura abajo retumba un trueno, por los caminos se levantan grandes polvaredas por aquellas multitudes que avanzan y se mueven simultáneamente, como si fuesen fantasmas imaginarios. Todos caminan unidos, quizás porque a todos los une un mismo dolor, una misma rabia, una misma desgracia y una misma causa. Una voz potente los anima, los hace vivir el actual momento. Es tan potente que se escucha a leguas de distancia y parece empujarlos como un ventarrón hacia el origen de la tormenta. —¡No se detengan mis bravos! Sigamos caminando, sigamos hablando que lo que tenemos que hablar es más largo que el camino que nos falta por llegar a Todos Los Santos. Aquella es la voz del viejo Jesús Bravo.

Jesús Bravo, memoria y rasgos del tiempo, raza de hombres machos, de aquellos que mueren sin agonía, ni lamentos. Su cara surcada de arrugas es el testimonio del combatiente de tres guerras. Para afinar la puntería, que por cierto es muy certera, mampostea el fusil sobre su mano izquierda, que la tiene torcida por un tiro que le dieron en la Guerra de los Mil Días. Sobre la mira del fusil, el ojo de halcón, el disparo que sale y el grito de triunfo que comprueba su puntería. —¡Ahí les va ese fuetazo hijueputas chulavitas. Hay algo que inquieta mucho a Jesús Bravo:





es la desaparición de su buen compañero «Minuto Colmenares». El viejo ha vuelto a recorrer los mismos lugares con sus hombres, ha vuelto a espantar a los chulavitas de las zonas heladas, ha regresado a la casa roja de Rechinga, ha trepado la sierra del Cocuy, ha recorrido fueteando a los chulavitas de la «Hoya de la Guerra» y la «Olla del Candelo»; ha bajado por Tauramena con la esperanza de encontrara su compañero, pero el interrogante sigue. ¿Qué se ha hecho «Minuto» y otros compañeros, a quienes parece habérselos tragado la tierra? Y así, mientras busca a su amigo de combate, el viejo presencia las romerías de las madres, las mira arrodillarse buscando a sus hijos, aquí prender una vela, allí besar un montón de huesos que ya se están convirtiendo en pasto; hasta que un rumor en voz baja aplica el gonce del silencio, después de atravesarle los oído con un —No lo busques más, vieja; cayó en manos del Gobierno... Y, ¡¿Para qué mas llantos?! ¡¿Para qué más ecos lastimeros si se pierden en las llanuras, se ahogan en los esteros, sin alcanzar la altura deseada?! El diapasón doloroso de las madres al fin queda mudo, con las lágrimas congeladas en los ojos. ¿En qué momento se jodió el país? Si aquí, en esta tierra de paz, de alegría, de caballo y copla, llueve; en las ciudades no escampa para los liberales de Colombia. Todos huyen frente a la amena-

za de los "pájaros", que se pasean por las calles con sus revólveres de largas historias cementeriales. —¡Coño!, dice el viejo Jesús Bravo, ahora más que nunca tengo que encontrar a «Minuto Colmenares», para reanudar la plomacera.

Todos Los Santos podría haber sido un lugar común, como cualquier otro de los Llanos, pero no lo era. Todos Los Santos se presentó ante los ojos de miles y tantos guerrilleros, como un santuario de la naturaleza. Era un islote boscoso en medio de la llanura, con un dosel de árboles encumbrados, donde se adivinaba la empedernida competencia entre sus exuberantes copas por alcanzar el espacio de luz deseado. Y a leguas se notaba el empate de aquella competencia, al contemplar el nivel de sus floraciones aromáticamente exóticas. Algo nunca visto, que atraía a cualquier ser viviente que transitara por esos rumbos.

Después de muchas jornadas, una mañana entraron a Todos Los Santos como si cabalgaran en el corcel traslúcido del viento. Entraron como si caminaran en un mundo liviano, con el pensamiento tan sensible como el agua en un declive. Y penetraron en el lugar, junto con aquella mañana jadeante de olores agradables. Las cosas parecían palparse con los





ojos y había tal mansedumbre en el ambiente que paralizaba los movimientos, adueñándose de la voluntad de los espíritus.

El capitán comprendió lo que estaba sucediendo. Y como sabía tantos secretos, se armó del coraje suficiente para enfrentar la situación, para hacer que sus hombres no perdieran el contacto con la existencia actual. Sabía que una brusquedad rompería la laxitud de ese ambiente pacificante. Se enderezó sobre los estribos, infló cuanto pudo su pecho y dejó escapar un grito semejante a un rugido.

—¡Carajo. Vuelvan a la realidad! ¿No ven que estamos enajenados por un encantamiento de los muchos que se les presentan a las personas? Tenemos que romperlo o de lo contrario, nos quedamos hechizados para siempre. Los caballos se mantenían como estatuas con las crines erizadas. El capitán descabalgó, tomó su cuchillo de monte, trazó unos cuantos signos en el suelo y dijo: —Que desaparezca en torno nuestro todo aquello que no es real, no hemos llegado aquí a pasarnos la vida alelados por fantasías. Hemos venido a acomodar lo que fue desacomodado y a planear una guerra para el futuro. Y hemos venido a

reencontrarnos después de andar y desandar estas tierras en busca de todo aquello que nos arrebató la violencia. Terminado este pequeño discurso, el capitán habló en otro idioma que nadie entendió. Era un idioma que parecía no tener ninguna regla, ninguna expresión. Nadie se atrevía a respirar, sabían que no estaba dirigiéndose a ellos, sino a otros seres desconocidos. Quizás se dirigía a dioses mitológicos o a sus descendientes, que siempre han imperado en las llanuras, montes y ríos. Mucho se hablaba de los poderes mágicos del capitán. Afirmaban que lo habían visto detenerse en campo abierto, en medio del fuego cruzado y que jamás fue herido. Otras veces se burló del enemigo haciendo que lo siguieran, para desaparecer ante sus ojos, convirtiéndose en cualquier objeto común.

—Adelante muchachos, dijo saltando a los lomos de su montura. —El camino está despejado. En verdad, Todos Los Santos sufrió una transformación inmediata, desapareció la fantasía y el encanto que pacificaba a los espíritus, tomó la apariencia de un lugar común y corriente del Llano, una mata de monte frondosa y fresca.





## NI RASTRO DE LOS DESAPARECIDOS

Las dilatadas pampas llaneras son estremecidas por algo que no es ganado. Es el tropel interminable de jinetes con sus voces incendiarias quemando las regiones del misterio. Jinetes de almas vibrantes llenos de heroicidad ancestral. Jinetes con los pechos henchidos por la fluidez de la tierra, de esa tierra que defienden con la magnificencia del hombre bien parido por ella.

Al norte de Tame, Arauca, en las montañas de Sisibito, el Pote Rodríguez termina de fabricar una bomba, la detona y se levanta diciendo: —Muchachos, hay que partir inmediatamente a Todos Los Santos.

Por el piedemonte metense, los hermanos Bautista y los Parra hacen otro tanto. Hasta ese momento no habían querido alejarse de sus territorios, siempre custodiándolos con esmerado celo.

Hildebrando Plazas en compañía de Pacho Sandoval, arrean desde el Casanare toda la gente que tienen. Desde las riberas del Guanapalo viene Víctor Agudelo, que se ha topado con el capitán Alfredo Parada, formando una pare-

ja fuerte en todos los aspectos: llaneros como el mastranto, amansadores de potros y llenos de alegría guerrera.

Desde el imperioso Cravo Norte, Tomás Zambrano recoge un poco de su gente, pues por más que exploró las orillas del río, nada pudo saber de sus compañeros a los que llamaba "Gallito" y el "Radio Chispa". Definitivamente no había tiempo ni esperanza de encontrarlos. —¡Carajo! dijo a manera de lamento por aquella pérdida de sus hombres. Eran valientes esos muchachos. Pero hay que ir a Todos Los Santos.

De las costas de Cusiana y el Unete, los hermanos Téllez y Marco Antonio que salen a marchas forzadas para darle alcance a Failache, quien después de recorrer los bajíos, calcetas de sábanas y rincones de montes, abandona descorazonado la búsqueda de su general Eduardo Franco. —Parece que se hubiera diluido en las aguas de estos ríos. A la mente de Failache vienen, como un rebaño, los recuerdos del sogamoceño quien nunca decaía en su entusiasmo revolucionario. Eduardo Franco era como un trago de ron para levantarle a los campesinos las ganas de guerrear. Siempre tenía una respuesta lista y una sonrisa maliciosa a flor de labios cuando le preguntaban. —¿Con qué armas





vamos a pelear? —¡Ala!, respondía. Allí mismito hay un montón de chulavitas armados hasta los dientes. Caminen, hagamos una visita a esos patones y, de regreso, traemos esas armas que necesitamos. Y, en efecto, traían las armas. Como dirigente de amplios conocimientos políticos e ideológicos en la guerrilla, Eduardo Franco concebía la política basada en los principios del Libertador. Era hombre de largas travesías a caballo, llevando el mensaje y avivando el entusiasmo y la moral combatiente de los luchadores de la guerrilla en los Llanos. A éstos les hablaba utilizando un tono de voz suave al principio: —Miren muchachos, hay que combatir, hay que defenderse, hay que entrarle a la lucha con la naturalidad con que se hace un trabajo en el Llano. Luego subía la voz hasta convertirla en un trueno. —¡Hay que echarle plomo a esos hijueputas; de lo contrario, nos matan ...!

La primera noche en Todos Los Santos fue para el capitán Guadalupe como la de muchos héroes, que saben que su cabeza es la guía de la cola de la serpiente guerrera. Todo está unido a esa cabeza que va adelante, atacando y sorteando el peligro. Por eso, aquella noche ansiaba un momento de soledad y de silencio para reflexionar. Fue así como su gente lo vio partir al galope sabana adentro.

—Quiero estar solo, les dijo, quiero que la soledad me aconseje con su boca de mil voces.

En medio de la sabana, bajo la pulsación brillante de las estrellas, sintió el sueño tranquilo de la vegetación, escuchó la respiración de las hojas y el latir del corazón mudo de aquellos seres, que permanecen encadenados por sus raíces a la tierra donde nacen.

Con el alma relajada, se puso a contar luceros como lo hacía en compañía de su amigo Alfredo Parada, cuando era niño. Desde su campamento la brisa le traía el eco de conversaciones de los hombres allí reunidos, de aquella gente que lo hacía sentirse respaldado y orgulloso. Pero no todo era completo, pues la desaparición de otros compañeros le dejaba un vacío en el alma. Cada vez que llegaba una comisión, salía al encuentro de los hombres que la integraban, para hacer la misma pregunta y obtener la misma respuesta. —¿Qué noticias, traen? —Ninguna, capitán. Y con tristeza daban por terminada la misión. —Ni rastro de los desaparecidos. —¡Virgen del Carmen!, ¿qué será de mis amigos? Fijó sus ojos en el firmamento siguiendo los guiños de una estrella tan pequeña, que parecía una mentira del cielo. Luego se estremeció al recordar a un amigo a





quien anduvo buscando por largos días. Después de muchas travesías lo encontró. En un banco de sabana halló la cabeza con el sombrero puesto, ensartada en una estaca. Tal vez por el sombrero, los carroñeros respetaron esa parte de su cuerpo; porque sobre la otra, danzaban alegremente las aves necrófagas en un alocado vuelo, dándose un festín de carne humana. —¡Compañero!, donde quiera que te encuentres, mírame aquí empeñado en la porfía, porque la guerra es como el fuego, hay que animarlo constantemente para que no se apague. Y ésto es lo que ha hecho el Gobierno con sus planes de exterminio, con sus bombardeos aéreos regándonos plomo por todas partes, llenándonos el Llano de chulavitas y tratando de exterminarnos. Pero te juro, amigo mío, que es ahora cuando comienza a formarse una cepa compacta, con miembros de guerrillas de diferentes lugares para enfrentar el problema. Y lo que da más ánimos, compañero, es que cada día nosotros somos más y ellos la minoría. Y, como si se despidiera de la cabeza de su amigo ensartada en aquella estaca, repitió en voz alta: —¡Malditas imágenes que no se borran! ¿Cómo borrarlas si todavía se perciben en el ambiente los gritos de las víctimas envueltas en sudarios de fuego? ¿Cómo borrar aquellas consignas con las cuales entraron los invasores del Llano?, si la resonancia de ellas perduran graba-

das en todos los lugares arrasados: ¡A sangre y fuego! ... ¡A sangre y fuego...!

Muchos campesinos corrieron a refugiarse en las iglesias, a pedirle protección a Dios. Pero en algunas, encontraron a un Dios aliado con la represión en la voz de los pastores. Fue así como el viejo Simón casi se revienta de tanto correr para llegar al campamento del comandante Aljure. Muerto de miedo, le refirió un pasaje del sermón del capellán del Recreo. —Comandante, dice el curita que el Gobierno es el dueño del Estado. El dueño de la plata. El dueño del poder y por eso tiene la bendición del cielo. También dice que nosotros los revoltosos, los chusmeros, somos almas condenadas a las llamas del infierno, que no habrá salvación, que Dios nos castigará con todo el peso de la Justicia Divina. El comandante Dumar Aljure, no pudo menos que echarse a reír. Para tranquilizar al viejo le dijo: —No le pare bolas a ese cura, viejo Simón. Ese jodío es uno de los peores chulavitosos. Y si nosotros estamos condenados, te juro viejo Simón, que ese sotanudo tendrá que ir a darnos sermones al infierno. Las palabras del comandante le devolvieron la calma al viejo quien se marchó a su rancho más contento que un pájaro a su nido.





Al llegar a esta parte de los recuerdos el capitán esbozó una leve sonrisa. Cuán ingenuos eran los campesinos. Qué buenos eran, tan buenos como el agua del jagüey. Tan sanos dentro de su vida pastoril, esa vida que aman tanto como a sus cantos mismos. Porque cuando el llanero canta, riega en la sabana sus alegrías y sus penas, se las cuenta a sus rebaños. Por eso el ganado de los Llanos está acostumbrado y hasta engreído con las tonadas tristes y largas, como si con ellas el peón asalariado quisiera empujar sus ilusiones mucho más allá de su horizonte incierto. Era grande la nobleza de su gente y aunque eran rudos en ocasiones, tras aquella rudeza se escondía una ternura insospechada y una locura de libertad, que es su carga irrefrenable conduciéndolos a la guerra.

Como la noche es tan andariega, es como un navío que viaja en el mar de los recuerdos y que en cada puerto de algún acontecimiento se detiene, he aquí al capitán arribando a Guafal Florido. ¡Qué pena tan grande sentía por Silenia! No era que se hubiera olvidado de ella, pero su compromiso con la causa estaba más allá de ese amor que los unía. ¡Ay! Mi bella amante, cuando todo termine, viviré para ver en tus ojos cómo amanecen las noches y aspiraré en tu cuerpo el perfume de las flores sabaneras. Y la

noche amaneció en Todos Los Santos para dar comienzo a otro día, otro que quizás traería noticias de los desaparecidos.

Los integrantes de las comisiones se dirigen al lugar de la convocatoria, lo que ahora por otros motivos ha tomado el nombre de Cumbre Guerrillera. La gente ha acogido una especie de consigna llanera para mencionar la marcha hacia la reunión e insiste en corearla en voz alta cuando parten del sitio donde habían estado acantonados o cuando le sacan ventaja al enemigo: "A todos los Santos o al cielo..." Esto quiere decir, llegar al lugar destinado o perecer en el intento.

A los hombres los embriaga el vértigo de la pelea, la consigna se escucha muy seguida, ya que el enemigo no se ha cruzado de brazos para verlos pasar tranquilamente. No señor; ahora son ellos quienes salen a impedirles el paso en los caminos. De este modo, cada grupo de rebeldes que logra avanzar, vocea victoriosamente la consigna. "A todos los Santos o al Cielo". En uno de estos tantos combates por apoderarse del control de los caminos, un guerrillero apodado "Tragoamargo" recogió un casco que se le cayó al enemigo en su huida. —Vean lo que encontré,





gritó levantándolo bien alto para que fuera visto por sus compañeros. —¡Vean qué perola tan buena para hervir el cafecito mañanero! El grupo entero celebró la ocurrencia de "Tragoamargo". El hombre, para completar con una chuscada, alardeó: —Esperen que me lo ponga, para que vean lo fiero que se mira este negro. Pero algo que había camuflado entre el forro del casco, llamó poderosamente su atención. Tomó lo que allí había protegido cuidadosamente su dueño, que resultó ser un recorte del diario más prestigioso del país, un recorte de la columna titulada "La danza de las horas" —¡Coño!, exclamó leyendo el contenido. Aquí piden que se excomulgue a los bandoleros, fascinerosos del Llano, que están atentando contra la paz del país. ¿Y saben por qué, compañeros? Por el escarmiento que le dimos al capitán Bocanegra.

En el rostro de la llanerada se dibujó un estupor terrible, tanto, que en el ambiente se sentó un silencio tenaz. La amenaza pesaba como piedras en el sentir piadoso de aquellos hombres, quienes a través de los tiempos han creido en tantas leyendas sobre condenados eternos por habérseles negado la comunión en su hora mengua.

El comandante Aljure, viendo el impacto que aquello causó en sus hombres, buscó algo que pudiera sacarlos de

ese momento temeroso. De pronto, tronó los dedos y con una jocosidad no acostumbrada en él, dijo

—¡Ayayayyyy....! ¡Papitos lindos! ¿Cómo que les dolió mucho? Luego endureciendo las facciones se irguió sobre la bestia con toda la altanería y valor señero del cabo desertor del ejército, ahora comandante de guerrillas llaneras. —¡Ajá, con que les dolió!, repitió. A nosotros, según esto, no tienen por qué dolernos las masacres que el capitancito cometió con las campesinadas inocentes y desarmadas. Mientras las sabanas del Llano se vestían de luto con las zamuradas, en la capital lo condecoraban por su abnegado y aguerrido valor. Dicho esto, el comandante Aljure levantó la mano en alto como una bandera, invitando a sus guerreros a que lo siguieran, mientras gritaba triunfante: "¡A todos los Santos o al cielo!"

En la mazorca del tiempo continúan desgranándose los días y con cada crepúsculo que declina se aplaza la esperanza de encontrar a los desaparecidos. Entonces los jinetes vengadores caminan hacia el ancho de la noche y, cuando ya están dentro de ella, alguién pronuncia una oración para que los proteja de los peligros del camino.





*San Pablo por lo tan querido*
*de mi Dios tan poderoso,*
*líbrame de las culebras*
*y de animales pozoñosos.*
*Estas palabras que digo,*
*las digo con toda fe,*
*en el nombre de San Pablo,*
*Jesús, María y José.*

A Todos los Santos no cesan de llegar grupos y más grupos. Todos son anunciados con el gentilicio de sus sitios de partida. Llegaron los Maniceños... los Craveños... los Charteños... los Guanapaleros... los Ariporeños... y así sucesivamente, hasta que un grupo llama la atención del jefe de aquellos que se denominaban "Gente Nueva". Acercándose al capitán Guadalupe, le preguntó. —¿De donde viene ese grupo? —De Sabana Larga. —¿Por qué viene integrado por tantas mujeres y niños? —Pregúnteselo al viejo que lo encabeza, respondió el capitán con tristeza y, dirigiéndose al recién llegado le dijo: —Viejo, cuéntale aquí a este camarada por qué traes tantas mujeres y niños en tu grupo.

El viejo descabalgó, buscó un taburete bajo la sombra del caneyón, se sentó con toda la parsimonia acostumbrada por los viejos, se quitó el sombrero colocándolo cuidadosamente sobre sus piernas, lanzó un largo suspiro y comenzó, señalando al grupo que lo acompañaba. —Vea joven, toda esa gente, incluido yo, que en total sumamos sesenta y ocho, fuimos arreados como ganado pa'l matadero cuando llegó la gente del Gobierno al pueblo. Nos encerraron en el salón más grande de un casa de bahareque y, sin tocarse el alma estos desgraciados, se pusieron a jugar al traquitraqui con nosotros a punta de bombas reforzadas con ráfagas de metralla. El viejo terminó con la voz agitada y los ojos llenos de lágrimas. Por el momento el jefe se abstuvo de hacer cualquier otra pregunta, conformándose con mirarle los pies, aquellos pies que parecían hechos de acero.

No acababa de retoñar el sexto día en Todos los Santos, cuando anunciaron la llegada de los hermanos Arévalo en la motoneta "Bucheloro", procedentes de Puerto López y armados con carabinas "chispunes". El jefe de la "Gente Nueva", reanudó sus preguntas interesándose por las cosas exóticas para él. —¿Puede decirme, capitán, de qué fábrica vienen esas carabinas que acaban de mencionar?



Al capitán le divirtió la pregunta y, riendo con toda esa malicia natural del llanero, le transmitió la picardía a uno de los jóvenes Arévalo: —Oye chico, explícale al camarada de cual fábrica salieron las carabinas que traen. El joven se frotó las manos, se situó al frente del jefe de la "Gente Nueva" y como el niño que explica gozoso su mejor invento, comenzó: —Vea compañero, cómo le parece que las "Chispunes" son de fabricación 'donde se pueda'. Donde se pueda encontrar un tubo de "jierro" para hacerle el cañón, otras chatarras que se puedan fundir para fabricarle el gatillo y lo demás es obra de carpintería: Un palo de guayabo o de totumo para hacerle la culata, cargarla con tacos, pólvora, guaymaros tigreros, fulminante y... !chisssspummm...! ¡Cae el hijueputa chulavita meniando el culo...!

La chuscada del hermano Arévalo, reventó risas por todas partes, menos de parte del jefe de la "Gente Nueva", quien terció con burla. —Muy gracioso, ¿pero, a cuántos enemigos pueden eliminar con semejante rusticidad? El joven de las Chispunes responde sin perder su buen humor. —La verdad compañero, que perdimos la cuenta. Pero, le aseguro que nuestro grupo llegó a ser considerado por el Gobierno como uno de los de más alta peligrosidá.

Y ahí, donde usted ve a la "Bucheloro" toda destartalada, también la fabricamos con cuanto repuesto de carro encontramos; a esa cosa no la detienen ni las trochas más intrincadas. El jefe de la "Gente Nueva" terció otra vez con sorna. —La verdad es que los métodos de combate y el armamento que usan son tan rústicos, que pueden compararse con los de las lanzas mohosas. Alguien de los de las lanzas mohosas se levantó airado para revirar. —¡La cuestión no está en los métodos ni en las armas. Para peliar lo único que se necesita es tener ganas y verraquera...!



## ¡QUE SE ESCONDAN LOS MACHOS QUE AHI VAMOS LAS MUJERES!

Así como Silenia forma su grupo de mujeres, Juanita Olmos no se le queda atrás, con la diferencia que la Olmos, resentida porque el capitán no solo no cayó rendido en sus brazos sino que la rechazó y odiando a Silenia con todas las fuerzas de su corazón, decidió ponerse de parte del enemigo para fraguar una venganza, sin importarle pisotear sus principios con tal de alcanzarla. Reclutó a las viudas de los contraguerrilleros, tomando la dirección del grupo.

Aquella tarde que huyó espantada ante el espectro del rancho Guafal Florido se juró no volver a tener miedo y no volvió a tenerlo. Los ojos brillábanle con mil chispas de odio y con la sabana por delante, se le fue endureciendo el rostro como una tempestad en furor. Juanita anduvo largo tiempo vagando por las sabanas, por las soledades como una alma en pena; pero a esta alma no la atemorizaba nada, ni siquiera le asustaba la noche oscura cuando se la tragaba con su boca grande y profunda. Era que Juanita había aprendido a guiarse por la mirada luminosa de los insectos que saltando, aquí y allá, iban señalándole el camino hasta llegar al final de la oscuridad.

En el grupo de la Olmos encontrabase la negra Chon; conocida como la amante del comandante Aljure. La gente la consideraba valerosa, pero esto fue hasta el día que el comandante la obligó a tomarse el tinto envenenado que ella misma le ofreciera por mandanto del enemigo. Desde aquel suceso la mujer vivía llena de temores.

Desde que la negra Chon se enteró que la negra Nemecia militaba en el grupo de Silenia, preguntábale con frecuencia a Juanita. —¿Será que sí podemos derrotar a esa mujer? La pregunta parecía que se refería a la persona de Silenia, pero en verdad la Chón pensaba en la negra Nemecia; una cocinera de hato que sabía darle a los hombres lo que le pedían y su sexo era tan fuerte como el puño brutal de su mano, cuadrada como la de cualquier vaquero. —Claro que podemos derrotar a esa debilucha, respondía la Olmos, dándolo por seguro. Sin embargo la Chón continuaba dudando. —Es que en ese grupo anda la negra Nemecia. —Y ¿qué?, gritaba la Olmos, reventando de coraje. ¿Acaso esa tal Nemecia, come gente? —Pero es que tú no la conoces, Juanita, insistía la Chon —¡Cállate, chica!, pareces pájaro de mal agüero. Lo que pasa, negra Chon, es que te has acobardado desde que fallaste el plan para envenenar al comandante Aljure. Claro, el hombre leyó en





tus ojos la traición; estoy segura que la mano con que sostenías el pocillo de tinto, te temblaba. La Chón asintió con la cabeza y con los ojos anegados en llanto, dijo. —¡Es que yo lo quería. . ! —Francamente no te comprendo negra cobarde, si lo querías ¿para qué lo ibas a envenenar?. — Es que me atemorizó la gente del Gobierno. Pero es verdad, Juanita; no sé cómo pude ser tan cobarde y traidora.

La Chón vivía el momento de su traición; ¿Cómo fue que pude hacer una cosa tan horrible contra mi hermoso y joven amante? ¿Cómo fue que no tuve el valor suficiente para hacerme matar por él? ¿Quién, antes o después, ha podido proporcionarme los placeres tan grandes que disfruté a su lado? El momento final de aquel episodio la hizo estremecerse. —"No quiero tinto, dijo él, leyendo en sus ojos que le estaba entregando la muerte en aquel pocillo. ¡Tómatelo negra Chón! Ella trató de regresar a la cocina para derramar el veneno; pero él rugió como un tigre al tiempo que desenfundaba su revólver apuntándole en medio de los ojos. —¡Tómatelo negra Chón o te vuelo la tapa de los sesos! Ella se lo tomó: No había escapatoria alguna. .La Olmos tomó a la Chón de la barbilla diciéndole. —Me gusta que los reconozcas: cuando se quiere a un hombre ofrendamos nuestra vida por la de él. Y con amar-

gura se lamentó. —¡¿Qué no hubiera hecho yo por el capitán Guadalupe?! Pero no señor. La tal Silenia Monteblanco es la mandamás en su vida. ¿Qué tiene esa mujer que no tenga yo? Y la mujer desdeñada, temblando de coraje, dice. —Ya sabrán los dos quién es Juana Olmos. Me la van a pagar, eso lo juro por esta cruz bendita! Y se llevó a los labios el pulgar y el índice de su diestra en cruz.

Por su parte, Silenia vivía calmando los ímpetus de la negra Nemecia. Cuando la Nemecia supo que la Chón formaba parte de las contraguerrillas, echó sapos y ranas por la boca, zapateó, se tiró de las greñas y casi se va sola a presentarle pelea a la Chón. —¡Cálmate mujer!, la apaciguó Silenia. Mira, negra Nemecia, tienes que comprender que no hemos formado un grupo para andar por ahí armando pelea por cualquier resentimiento. Nuestro grupo tendrá que dejar un buen precedente sobre el valor y el respeto que la mujer merece. Castigaremos a los que nos ultrajaron sin excepción ni distingos políticos. Entonces la negra Nemecia dejaba la rabieta para gritar emocionada. —¡Que se escondan los machos que ahí vamos las mujeres...! —Así me gusta negra Nemecia, continuemos la marcha a Todos Los Santos, que hay tanto trecho de aquí hasta allá como las cosas que tenemos que decirnos.





A medida que la jornada se alargaba, Silenia se metía en profundas meditaciones; sus compañeras se habían acostumbrado a esas largas cavilaciones y pacientemente esperaban que regresara a su momento real. En ocasiones detenía la bestia y sin darse cuenta, con la vista tendida sobre la sabana, esculpía con el pensamiento la figura amada de su capitán. Así permanecía largo rato sin desviar los ojos del camino por donde rectamente debía avanzar. Por aquel camino que dulcificaba con la esperanza de acortar distancias y de vencer las dificultades que se le presentaban a cada momento.

En una tarde que se rendía al sobresalto repentino de la noche, sin que se hubieran puesto cita los dos bandos de mujeres se encontraron en los anchos caminos hollados por la brutalidad y la violencia. —¡Llegó el momento compañeras!, se escuchó el grito de Guerra de la Olmos. —¡Adelante, negra Chón!, demuéstrame que eres valiente; pero eso sí, la mandamás déjamela a mí. Y del otro lado se le oye decir a Silenia, con serenidad y calma. —Si la Olmos me pide, yo me le ofrezco gustosa. Y ahora si, negra Nemecia, suelta los impulsos que estuve amarrándote todos estos días. —¡Pa'lante, muchachas que para atrás espantan...! —Jay, Jay, grita Nemecia . ¡Prepárate negra Chón que lo que te va pa'encima no es cualquier pendejada!

La batalla se trenza entre el sueño que agobia el día y el despertar de la noche que comienza. Se escuchan choques, quejidos, gritos rabiosos y huídas a todo galope. Cesan los gritos y los quejidos; parece que de pronto el silencio les hubiera cerrado la boca. De pronto la negra Nemecia pregunta a todo grito: —¿Qué trae mi capitana? Silenia responde triunfante. —A la Quitamachos, negra Nemecia. —Jay Jay, la cacería fue buena porque aquí traigo a la negra Chón. De inmediato vuelve a preguntar a su jefe —¿Qué vamos a hacer con ellas? —Darles una paliza y dejarlas que regresen a sus lugares con el orgullo metido entre las pantaletas. —!Te mataré, maldita! gritaba la Olmos hecha una fiera. Pero Silenia la tenía inmovilizada torciéndole el brazo por detrás de la espalda. —Capitana, mate a esa maldita pava o de lo contrario ella la matará a usted. — No, negra Nemecia, "perro que ladra no muerde", ¿...Y, yo qué hago con la mía? —¡Déjala que se vaya, que ya bastante tiene con sus remordimientos!.

Camino a Todos los Santos, la negra Nemecia, quién era impulsos y valor desmedido, repetía constantemente un dicho que le aprendió a las llaneradas, en los hatos donde fue sirvienta. —!"Zamuro come brincando y caricare bailando"! Con esto quería decir que deberían estar en movimiento constante.





Cierta vez, en que el día se partía por la mitad, decidieron detener la marcha para descansar bajo la fronda ribereña de un caño. —¡Cuidao con echarse a dormir a pata suelta!, advirtió la negra. ¿Quién nos asegura que a otros no les provoque pasarse por aquí a echarse su siestecita? Silenia que había tendido su manta en el suelo, se acostó, no con ánimo de dormir sino de pensar, mientras dejaba relajar sus músculos en la frescura de aquella fronda. La negra, quien era incansable, iba de un lado a otro, pasando revista a sus mujeres. Parecía una enorme mariposa. Silenia la siguió con la mirada y sonriendo, se dijo —Es una valiente guerrera pero demasiado impulsiva, jamás se detiene a medir la distancia, el espacio y el tiempo entre el enemigo y ella; salta como una loca, con ese incitador Jay Jay, grito de guerra con que embravece el ánimo de sus compañeras.

Para la negra Nemecia, Silenia Monteblanco era otra cosa. La admiraba rayando en la idolatría. Nada sabía respecto a la hermosa y solitaria mujer de Guafal Florido, pero intuía que toda aquella decisión guerrera, obedecía a un secreto de grandeza. Y esa grandeza que la unía a la lucha, tenía que ser el amor a un hombre. La negra recordó la tarde cuando ella y sus compañeras llegaron muertas

de cansancio a Guafal Florido. Silenia las recibió con muestras de alegría y les brindó hospitalidad en su rancho. Aquella noche cuando todas habían colgado sus chinchorros, Silenia les preguntó —¿Qué andan haciendo tantas mujeres sin hombres? Cada una comenzó a contarle cosas tristes y concluyeron diciendo que habían perdido las esperanzas de encontrar un compañero porque eran mujeres ultrajadas por el paso de la violencia; sometidas a violaciones tan brutales, que habían terminado por odiar a los hombres.

Porque aquellos encuentros con el sexo opuesto fueron tan bestiales, que en el vientre de algunas vírgenes profanadas quedaron gestándose embriones entre venéreas incurables. Silenia las escuchaba mientras sus ojos se anegaban de lágrimas, de pronto saltó de su chinchorro como enloquecida y gritó: —¡Basta, basta, mujeres! Y fue que no pudo resistir el relato de aquellas tristes historias que se iban empatando como sogas, sogas que parecían querer medir las distancias entre la injusticia y la justicia. ¡Basta, mujeres!, ¿Qué están esperando?, dijo deteniéndose en medio de las hamacas. —Levántense con la cara en alto, no lloren más, ni me hagan llorar a mi. Vamos a formar un grupo para castigar a todos los cobardes que encontremos





a nuestro paso. Pero más que todo, el grupo que formemos debe estar armado de valor, de mucho valor.

Así comenzó todo. Desde ese momento su admiración por Silenia no tenía límites; aquella corriente vital que impulsaba a la bella mujer, su secreto de grandeza, debía ser el capitán Guadalupe, el hombre que la enseñó a amar. En cambio para ellas, aquella fuerza motriz que nutre el alma y el corazón, era algo desconocido. En sus corazones no había sino rabia y odio. La Nemecia estaba viviendo la tragedia en su pensamiento y sin darse cuenta dejó escapar un grito desgarrador. ¡Odio a los hombres...! Y el grito le fue devuelto por el eco del monte; ¡Odio a los hombres,...bres...bres! Aquel grito las levantó como haladas por un resorte y las dejó metidas en un suspenso que parecía a punto de estallar, como un espejo cuando se rompe en mil pedazos y desaparece la imagen que está reflejando. Fue el tronar de cascos en la pradera, lo que las regresó a su momento. —¡Escuchen, muchachas!, viene un grupo de jinetes. Escondan los caballos y escóndanse ustedes. Esperen la orden de ataque, si es que vienen los que estamos esperando. La negra Nemecia y yo nos quedaremos de carnada. ¡Qué buenas carnadas fueron Nemecia y Silenia! Apenas el grupo de hombres entró en la fronda

del caño, lo primero que vieron fue el par de mujeres solitarias. Dos de ellos, tal vez los que ejercían el mando, hicieron señas a los otros para que se detuvieran; cambiaron miradas entre si, descabalgaron, dejaron los caballos con las riendas puestas sobre la cabeza de las sillas y avanzaron al tiempo que uno le decía al compañero. —Primero nosotros, después se las dejaremos a los demás para que las "redoblen". Eran dos hombres de miradas torvas y en la punta de luz de sus ojos no había sino lascivia y maldad. —¡Alto!, gritó Silenia al tiempo que marcaba distancia entre los bandidos y ella con el cañón de su arma.

La Nemecia hizo otro tanto pero, sin poder frenar sus impulsos, le sopló el disparo a uno de los bandidos a boca de jarro. El infeliz cayó fulminado sin dar un quejido. —¿Qué vaina es esta?, rugió el otro entre furioso y sorprendido. —Algo con lo que no contaban ustedes, respondió Silenia amenazante. Y agregó con una voz tan fuerte que no parecía la suya. —¡Asesinos! ¡Violadores de mujeres indefensas! La negra viendo que los demás hombres intentaban avanzar con malas intenciones, lanzó su grito de combate para que atacaran sus compañeras. Al verse los hombres rodeados de mujeres armadas y tan decididas que ya les habían descontado a uno de los jefes, en una





situación tan opuesta a los gritos, llantos y carreras que siempre encontraban a su paso, quisieron poner tierra de por medio y alguien entre el montón dijo —Nosotros no peleamos con viejas. —Eso ya lo sabemos, terció Silenia con una sonrisa de triunfo. Ustedes no pelean con viejas porque están acostumbrados a tomarlas atemorizadas e indefensas. Pero llegó la hora de poner fin a estos abusos y ¿quienes con más motivos que las víctimas?, las que en este momento tienen frente a sus asquerosas caras. Algo trató de decir el jefe de los bandidos, pero la Capitana ordenó: —¡Fuego!

Aquella tarde y muchas otras, con las caras francas y las sabanas por delante, el grupo de mujeres parecía haber vuelto a nacer. La Nemecia alegremente voceaba su consigna de guerra. Y fueron avanzando jornadas de leguas y jornadas de revancha. A su paso un guarataro, un chaparro, un samán, cualquier árbol que prestara su sombra en la sabana, lucían como zarcillos pendientes de sus ramas, las humanidades de aquellos que un día usando el poder de las armas, las ofendieron. Y castigaron con más rigor a ciertos hombres, que perteneciendo a la causa, usaron la fuerza y el machismo tradicional para someterlas.

## *NO QUEDARON CAMINOS QUE NO FUERAN ANDADOS*

Los hombres cabalgaban con el sol anclado en medio cielo, pisando sus propias sombras sobre el jadeo angustioso de las bestias. Y cuando se meten en el mundo de la noche, presienten el ojo del fusil enemigo apuntarle a sus corazones agitados. A veces los invade la nostalgia al pasar frente a las ruinas de un hato. Se detienen un momento para reconstruirlo con el pensamiento y hasta para respirar los olores que aún flotan en el lugar. ¡Huele a caballo, a ganado y a café recién colao!, dicen sintiendo ese ambiente del pasado. Pero nadie se queda aunque haya mucho que recordar y conversar. Todos los Santos es como un chupadero irresistible.

El formidable Alejandro Chaparro, después de inútiles averiguaciones acerca de su hermano Jorge, recoge a sus hombres y decide tomar el rumbo a Todos los Santos. Lo acompañan, al trote de su caballo, recuerdos, años, lugares y un ¡quién sabe si algún día pueda reunirse con este hermano que fue su compañero, amigo y combatiente en la empeñosa lucha por la libertad del Llano!





Entre los últimos grupos que se dirigen al lugar de la cumbre, van los bohemios yopalenses y maniceños. Mientras avanzan afinan el oido para detectar la bulla de algún parrandito, que por cierto les caería a las mil maravillas. La marcha es animada con anécdotas que los hace vivir momentos de travesura con sus compañeros desaparecidos. —¡Chicos!, dice alguien, ¡qué lástima del "Castigador"! Otro responde —¡No joda, ese hombre era temerario con el arma que Dios le dio para castigar a las mujeres! Y lo mejor es que a ellas les gustaba el castigo.

¡Ja, ja, ja! rie con picardía un hombre de mediana estatura. —¿Recuerdan la vez que se equivocó de cama y de víctima? ¡Claro!, corean los demás entre risas. Y siguen contando: El jodio llevaba el arma lista para castigar a la hembra de turno, pero... ¡ayayayyy...! que se le metió fue a su propia mujer. Los bohemios celebran la anécdota y afanan el trote de sus caballos para darle tiempo en el turno anecdotario al sargento "Gorila". —¡Ajá! ¡¿Qué me dicen de lo que le pasó al sargento "Gorila" cuando la india vieja le dió una paliza por joderle a la muchacha?, dijo un joven bailándole la picardía en los ojos. ¡Hombre, cómo olvidar los afanes de ese jodío, corriendo con los calzones en la mano y la guajiba atrás dándole tablazos y gritándo-

le: —Esto es p'a que aprenda, sargento "Barila" y no vuelva a joderme la muchacha! Así continúan andando y enumerando anécdotas y nombres de compañeros que no estarían presentes en la cumbre de Todos los Santos. El teniente "Cariño", "Negativo", Bernardino, "El Ingeniero", el cabo "Trueno", "El Diablo", "Pajarote" y otros tantos que entre bohemia y plomo no dejaron de combatir hasta el momento de su misteriosa desaparición.

De Majagüiyal parte íngrimo y solo Pablo Emilio Fernández. Va tan solitario que siente que sus huellas se pierden en la profundidad de la nada, lo envuelven silencios que susurran cosas, cosas que se rompen para empatarse más adelante. Las tolvaneras del camino lo acompañan con sus locas danzas y, es tanta su soledad, que siente la necesidad de alimentar su espíritu diciendo una oración. Luego pega un grito después de vocear la consigna. Aquel grito se une a otros en las distancias y todos esos gritos unidos, forman un vehículo mágico que los transporta desde su tiempo a Todos los Santos.

Aquel día esperado, en Todos los Santos hay una multitud grandiosa llena de entusiasmo, comiendo ansias por enterarse de las propuestas que allí se harán para enriquecer la causa. Hay grupos que se denominan "Gente Nueva con Ideas Avanzadas", gentes viejas como los de las lanzas mohosas, con estrategias antiguas y grandes conocimientos en el terreno, dispuestos, como lo habían manifestado "que para pelear no se necesita sino tener ganas y berraquera". Y ellos, quienes estaban situados en el campo de acción entre los de las lanzas mohosas y otras guerras civiles, haciendo un puente con los de la "Gente Nueva" no estaban dispuestos a perder el liderazgo aunque aceptaran unirse con estos grupos de combatientes, porque esta era su lucha y su único jefe seguiría siendo el capitán Guadalupe Salcedo.





La ovación fue grande cuando el jefe máximo se trepó en una improvisada tarima que habían construido para que dijera su discurso. La negra Nemecia se enjugó los ojos para ver mejor los de Silenia que brillaban de felicidad y recordó cómo, en el momento de su llegada a Todos los Santos la capitana les había dicho: "Mujeres, amigas y compañeras, cómo me lastima el dolor de ustedes, pero no puedo dejar de ser egoísta como todo ser que ama. Yo he amado tanto al capitán Guadalupe, que hasta otro mundo tuve que ir a buscarlo. Ahora nada ni nadie podrá separarnos."

El capitán comenzó por brindar una sonrisa a los asistentes. Una amplia sonrisa con la cual les manifestaba su agradecimiento por atender su llamado urgente. —Amigos y compañeros de una misma causa, dijo con aquel brillo de luz y misterio en sus ojos, creo que no quedaron caminos hacia Todos los Santos que no fueran andados por ustedes; ya que Todos los Santos fue el punto de reunión para esta cumbre. Y esta cumbre significa el final de una jornada que dará comienzo a otras, en las que se estarán decidiendo los destinos de nuestra revolución; porque a nosotros, compañeros, a nosotros, ni siquiera el tiempo podrá detenernos...

Fin



# *INDICE*


| | |
|---|---|
| SILENIA MONTEBLANCO | 5 |
| COMANDO R.P. | 19 |
| CHICHARRON Y LA BELLA DURMIENTE | 38 |
| LIDER DE GUERREROS | 53 |
| NOCHE CON LUNA DE CARA REDONDA | 73 |
| ADIOS GUAFAL FLORIDO | 82 |
| JINETES DE NOCHES CLARAS | 99 |
| NONATO PEREZ | 109 |
| LOS CIMARRONES DEL FARFAN | 114 |
| UN LUGAR LLAMADO TODOS LOS SANTOS | 126 |
| NI RASTRO DE LOS DESAPARECIDOS | 137 |
| ¡QUE SE ESCONDAN LOS MACHOS QUE AHI VAMOS LAS MUJERES! | 151 |
| NO QUEDARON CAMINOS QUE NO FUERAN ANDADOS | 162 |

A1182503

Yo, José Guadalupe Salcedo U. mayor de edad y vecino del corregimiento de Orocué, por el presente documento, doy plena autorización al señor Miguel Angel Martin S. para que en forma exclusiva explote mi producción artística o literaria.

El señor Martín en la forma que mejor crea conveniente, puede hacer escritos en lo que se refiere a mi persona.

El señor Martín tambien queda autorizado, para liquidar los productos que por cualesquiera de los motivos ya expuestos se hagan efectivos, ya sea depositados en una sociedad o en una firma independiente.

Tame Mayo 2 de 1.955

José Guadalupe Salcedo U.

CORREGIMIENTO DE TAME.

Tame, mayo cuatro de mil novecientos cincuenta y cinco.

La anterior autorización fué presentada personalmente por el señor José Guadalupe Salcedo U. ante los suscrito Corregidor y Secretario.

COMISARIA ESPECIAL CORREGIMIENTO MUNICIPAL DE TAME

Subte. HILARIO CASTILLO FALLA.
Corregidor Militar.

El Secretario,